
SS
SERVICIO SECRETO
BB
HA MUERTO UNA RUBIA
alf regaldie

ALF. REGALDIE

HA MUERTO UNA RUBIA

Col. SERVICIO SECRETO n.º 715
Publicación semanal
Aparece los MIERCOLES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTA

DEPOSITO LEGAL B 2370 - 1964

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

1.ª EDICIÓN - ABRIL 1964

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1964

N. R. 597/60

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:
819 — Al margen de la Ley.

En Colección SERVICIO SECRETO:
696 — La muerte baila twist.

En Colección BUFALO:
522 — Una bala por cabeza.

En Colección SALVAJE TEXAS:
413 — Una bala para el tirano.

En Colección CALIFORNIA:
377 — Como un rayo destructor.

En Colección COLORADO:
306 — Horas sangrientas.

En Colección KANSAS:
296 — Orgullo de mala ley.

En Colección BRAVO OESTE:
168 — Cuadrilla de asesinos.

En Colección PUNTO ROJO:
58 — Melodía de muerte.

CAPÍTULO PRIMERO

La noche era espléndida. Y Mark Hudson se sintió optimista a pesar de que no había tenido un buen día en lo que a su trabajo se refería.

Había pateado mucho, pero las ventas fueron exiguas.

La cartera quedó en su pequeño apartamento y con ella el aparato de hacer demostraciones. Se trataba de un nuevo tipo de aspirador, más reducido, de menos consumo y que daba gran rendimiento.

Se había duchado después de terminar, se había cambiado de ropa y se sentía como nuevo.

Mark miró para sus manos, aquellas manos que habían abatido a tantos hombres y que habían estado a punto de alcanzar el campeonato mundial de los mediofuertes.

¿Por qué no había llegado a conseguirlo?

Señaló un encogimiento de hombros. Los aficionados le echaban la culpa a cierta rubia altamente sugestiva que había sido "gente" en Broadway.

Mark sabía perfectamente que la rubia no tenía culpa alguna. La culpa debería cargarla a otros seres bastante menos agradables que la rubia; pero, ¿para qué recordar aquello?

Por el momento ganaba bastante para subsistir. Aguardaría su ocasión, no podía dejar de presentarse.

Las últimas reflexiones habían barrido su optimismo, pero este no podía permanecer alejado durante mucho tiempo y volvió a pensar que su oportunidad llegaría.

Tomó aire, un aire primaveral, que parecía encender la sangre. Hinchó el pecho y se hubiera golpeado en él con ambos puños para demostrarse a sí mismo su fortaleza.

No lo hizo por no reírse de sí mismo.

Giró por una esquina. La calle en la cual entró estaba recién regada y el asfalto parecía desprender vapor.

A una y otra parte de la calle, no demasiado ancha, se alzaban lujosas mansiones rodeadas de jardines, repletos de flor.

Y las flores asomaban a la calle por las altas verjas que cercaban las propiedades privadas.

La iluminación, más bien escasa, se reflejaba en la calle regada, dando la impresión de que hacía picarescos guiños a los que transitaban por ella; eran muy pocos y tocaban a muchos guiños, pensó Mark aspirando el perfume que le llegó de uno de los jardines.

Quedó solo en la calle.

Pero no tardó en tener compañía. Salió de otra calle con paso vacilante

y comenzó a caminar delante de él por el mismo bordillo de la acera como hubiese podido hacerlo un equilibrista por el alambre.

Se trataba de una mujer joven e iba descalza.

Sin embargo vestía bien, maravillosamente bien, pensó Mark.

La ropa elegante, bien cortada, de calidad, dibujaba la maravillosa figura de la mujer, una rubia espléndida que le recordó a otra rubia en la que incidentalmente había pensado no mucho antes.

Llegó la rubia a pasar bajo una de las luces de la calle y por unos instantes quedó iluminada de lleno.

Llevaba un zapato en cada mano y los brazos en cruz, con lo cual pretendía guardar el equilibrio.

Mark silbó admirado al reconocer a la mujer y exclamó:

—¡Diablos! ¡Es mi vecina Norah Gibbs! ¡Casi no puedo creerlo!

Aceleró el paso. Norah Gibbs había aparecido en su vida muy pocos días antes, al mudarse a un departamento vecino. Y era una rubia imponente la cual añadía a su natural atractivo físico, algo extraño que Mark no hubiese podido definir.

De improviso salió un automóvil por la misma calle por la que ella había llegado.

Giró el automóvil bien pegado al bordillo de la acera, rebasó a la rubia y se detuvo, produciendo un fuerte chirrido que sobresaltó a la mujer.

Ella se detuvo, miró unos instantes a los ocupantes del automóvil y echó luego a correr como una cierva asustada.

En el automóvil iban dos hombres. Uno de ellos, cuando el vehículo aún no se había detenido, había abierto la portezuela para saltar inmediatamente.

El hombre, al advertir que la rubia corría, se lanzó como un rayo detrás de ella.

El otro hombre, que iba al volante, abandonó también el vehículo al ver que la mujer cruzaba la calle y parecía en condiciones de burlar a su compinche.

Gritó ella asustada al ver que el del volante le cortaba el paso.

Mark no vaciló y se lanzó también a la carrera.

El hombre del volante logró asir a la mujer por una muñeca y la obligó a detenerse en seco.

Volvió a gritar ella, que asestó al fulano una fuerte bofetada con la mano que le quedaba libre.

Pero llegó el otro gorila y sujetó a la rubia por el brazo que había empleado para golpear.

Se revolvió entonces ella y mordió al segundo de los fulanos, el cual soltó una maldición primero y aulló de dolor a continuación.

Levantó el gorila la mano para castigar a la chica.

En el ardor de la persecución primero y del conato de lucha después, ninguno de los dos hombres habían advertido la presencia de Mark, el

cual llegó a tiempo de sujetar el brazo del fulano que se disponía a golpear a la atractiva mujer.

Mark se produjo en silencio, tirando del gorila de manera brusca.

El hombre, al verse atacado, soltó a la rubia disponiéndose a defenderse. Vio que tenía ante sí a un hombre joven y fuerte y le atacó tratando de sorprenderlo con un golpe de cabeza.

Mark, que lo había soltado después de apartarlo de la chica, saltó ligeramente hacia atrás, desconcertándolo, e inmediatamente golpeó con su puño izquierdo en forma de gancho.

El golpe llegó con terrible precisión a la cara del gorila que embestía con la cabeza baja y lo frenó en seco, haciéndolo vacilar.

Tras el duro y preciso golpe mantuvo Mark su izquierda ligeramente adelantada y, apoyándose bien sobre ambas piernas, disparó su derecha en corto, cruzando el golpe con la maestría que tantos triunfos le había dado en el "ring".

Osciló la cabeza del gorila, se estremeció este a la vez que primero cerraba los ojos y luego los ponía en blanco, bizqueando ligeramente.

Y el hombre se derrumbó luego blandamente.

Gritó la rubia a la vez que lograba desasirse del otro fulano, el cual la soltó rápido, disponiéndose a hacer frente a Mark.

Este pudo apreciar que el gorila, en lugar de abalanzarse contra él como había hecho el otro, se retiraba ligeramente hacia atrás a tiempo que se llevaba la mano derecha a la axila izquierda.

Y en aquella ocasión fue Mark quien saltó lanzándose en plancha, metiendo la cabeza por delante, dispuesto a no dar tiempo al gorila a que pudiese desenfundar.

Se produjo el violento choque y los dos hombres salieron proyectados al suelo en donde dieron un par de aparatosas volteretas después de trabarse en lucha.

Logró desenfundar el gorila, pero la izquierda de Mark estuvo pronta para aferrarlo por la muñeca cuya mano empuñaba el arma.

Golpeó el gorila con ambas piernas tratando de librarse de Mark, pero este descargó el peso de su cuerpo con habilidad hasta lograr inmovilizar a su antagonista.

Y a continuación ejerció fuerte presión con su mano izquierda, haciendo girar la muñeca que mantenía asida.

El gorila gimió primero, bufó después tratando de rehacerse y por unos instantes pareció posible que se impusiera a Mark.

Este atacó de improviso con la cabeza, descargándola contra el puente de la nariz del otro que volvió a gemir y dejó escapar el arma.

El antiguo pugilista había vencido el momento de peligro y soltando la izquierda de su enemigo, golpeó con su derecha, aplicando en aquella ocasión el filo de la mano a los músculos del cuello ligeramente por debajo de la oreja.

Se estremeció el fulano que quedó momentáneamente aturdido y Mark remató su trabajo golpeando con el puño a la barbilla.

La cabeza de su enemigo chocó contra el suelo y el hombre puso los ojos en blanco, quedando fuera de combate.

Mark se alzó rápidamente y echó un vistazo al otro fulano.

—Tienen para unos minutos los dos.

Miró para su derecha que había mostrado la potencia de su época triunfal en el "ring".

Los derrotados fulanos eran tan corpulentos como él y fuertes. Se les advertía avezados a la pelea; pero no habían sido capaces de resistir su empuje.

Desvió la mirada de ellos para fijarla en la rubia que pasados los primeros momentos de estupor, se había apartado a una de las aceras y apoyándose en una pared, se estaba calzando los zapatos.

Si ella había dado muestras de embriaguez en los primeros momentos, cuando Mark la descubrió, en aquel instante aparecía normal hasta el punto de que había logrado dominar el estado de nerviosismo que le había producido el ataque de los dos fulanos y la aparición de Mark.

Antes de que este se acercase, ya ella había terminado de calzarse. Lo miró con expresión indefinible y le dijo:

—Debo darle las gracias... Pero ha hecho mal en meterse en este lío, muchacho...

Le habló la rubia en tono que tenía mucho de protector a pesar de que ella apenas si habría cumplido los veintitrés años y Mark andaba arañando ya los veintiocho.

Mark no había hablado con su vecina Norah Gibbs más que en dos ocasiones en que había cambiado con ella breves palabras sobre el tiempo, aparte algún saludo matinal de ventana a ventana.

Y en aquella ocasión no ya la voz, sino la expresión de la rubia le pareció diferente.

Venció el joven la sorpresa que le produjo la actitud de ella y adelantó a la vez que le tendía una mano.

—Vamos. Le buscaré un taxi y...

—Le repito las gracias, pero quiero ir sola... Y usted, haga la del humo antes de que esos dos bestias vuelvan en sí. No siempre va a tener la misma suerte.

La rubia no aguardó su respuesta. Dio media vuelta y caminó con paso ligero, moviendo graciosamente sus caderas al desplazarse.

El antiguo pugilista quedó inmovilizado por la sorpresa.

Desapareció ella por la esquina más próxima y Mark salió de su inmovilidad.

El primero de los fulanos había resoplado y después de intentar levantarse había vuelto a caer, quedando inmóvil nuevamente.

Mark se decidió a caminar siguiendo la estela de perfume que había

dejado la rubia, un perfume muy personal y que le resultaba conocido de las dos veces que había hablado con ella.

Desapareció Mark por la misma esquina que lo había hecho la atractiva mujer y alcanzó a verla aún en el momento en que ella tomaba un taxi.

Tuvo suerte el joven. Llamó otro taxi y le ordenó que siguiera al primero.

Se hallaba en Greenwich Village, cerca de la Washington Square, a la cual salieron para dirigirse por la Quinta Avenida a Broadway.

Al llegar al Theatre District, en un cruce con semáforos, el taxi en que iba la rubia logró pasar mientras que el que había tomado Mark hubo de detenerse para dejar paso a los peatones.

Adquirió el joven el convencimiento de que la rubia, si había advertido su persecución, aprovecharía para escapar.

Se preguntó:

—¿Por qué? Ella sabe bien que la he de ver esta noche misma, mañana, cuando quiera...

Dominó su impaciencia pensando que tal vez ella deseaba evitar que viese a dónde iba en aquel momento.

Les dieron paso y avanzaron un buen trecho avizorando, sin lograr descubrir el taxi que había tomado la rubia.

Sufrieron una nueva detención que aprovechó Mark para examinar detenidamente los taxis que tenía a la vista.

El que ella había tomado no estaba entre los que aguardaban a que el paso fuese abierto a los vehículos.

Se dirigió al conductor.

—Hemos perdido la partida. Tan pronto pueda arrimar a la acera, hágalo y me apearé.

—He hecho lo que he podido.

—Ya lo he apreciado, pero la suerte no nos ha querido ayudar.

Una vez abandonó el ex pugilista el taxi, caminó unos minutos a la ventura por si la suerte quería favorecerle.

No descubrió ni rastro de la rubia y optó por tomar un "bus" que le llevó hasta las proximidades del barrio Chino, hacia el cual se dirigía cuando se había producido el incidente.

En Chathan Square, cuando se disponía a entrar en "Chinatown", le pareció ver a la rubia.

Se lanzó con rapidez, apartó a varios transeúntes que se le interpusieron y estuvo a punto de producirse un nuevo incidente que se evitó debido a que su corpulencia imponía respeto.

A pesar de ello vio a la rubia que desaparecía en una de tantas callejas, pero cuando llegó a ella la atractiva rubia había desaparecido.

Fue inútil que pasease arriba y abajo aguardando.

Había pasado la hora de la cita con una chica en "Chinatown" y

decidió volver a Greenwich Village, en donde tenía su departamento.

En lugar de cenar en un bar, como hacía normalmente, adquirió algunas viandas y subió a su alojamiento.

Sin encender la luz se acercó a la ventana desde la cual se veía una de las ventanas del departamento de Norah. Estaba seguro de que estaría apagada ya que ella no había tenido tiempo de regresar.

Su sorpresa fue grande al descubrir luz en la sala a que correspondía la ventana.

Y Mark estuvo a punto de dejar caer en el suelo lo que había adquirido.

Dejó las viandas sobre una mesa y se asomó a la ventana, dejando su departamento sin iluminación para evitar que le vieran y poder ver mejor por su parte.

No hacía ni medio minuto que estaba observando cuando vio aparecer en el marco de luz de la ventana, el contraluz que ofrecía la atractiva Norah Gibbs.

La rubia se mostraba excitada y daba la sensación de que discutía de manera muy próxima a la violencia, con alguien.

Mark experimentó una sensación desagradable al imaginar que podía ser con un hombre.

—Hay un hombre en su vida... Después de todo, es lógico...

Pensó en los dos gorilas a los que había golpeado no hacía aún dos horas, cerca de allí.

—¿Por qué la atacaron? Me dio la impresión de que no era una cuestión personal con ella...

Tras breve pausa se dijo aún:

—¿Por qué me trató como si yo fuese un muchacho y ella una mujer experimentada? ¿Y por qué me dijo que había hecho mal en meterme en aquel lío?

Interrumpió sus reflexiones al ver que frente a la rubia había aparecido un hombre.

En aquel momento lo tenía de perfil, un perfil que no le resultaría fácil olvidar y que le recordaba a alguien.

Era un hombre corpulento, daba la impresión de que vestía impecablemente... Y estaba claro que su excitación no era menor que la de la rubia Norah.

En un momento en que el hombre se colocó de espaldas, pudo apreciar Mark que las tenía anchas, espaldas de atleta. En tal momento Norah desapareció de su vista al quedar tapada por el cuerpo de él.

De improviso el hombre alargó los brazos y trató de aferrar por el cuello, con sus engarfiadas manos, a la rubia.

Ella saltó ágilmente hacia atrás, logrando esquivar el ataque del hombre e instantes después lo encañonaba con una pistola.

A pesar de la energía de la rubia, de su decisión, saltó Mark al tejadillo

y sin hacer ruido salvó la distancia que le separaba de la ventana de Norah.

Mientras avanzaba no había dejado de observar a la pareja. La rubia se había impuesto al hombre, el cual se había visto obligado a levantar las manos.

Mark se detuvo antes de entrar en la zona que, aunque débilmente, quedaba iluminada por la luz que salía de la ventana.

Estaba claro que la mujer dominaba la situación.

El hombre fue retrocediendo, seguido a distancia conveniente por Norah.

Cuando salió de la zona dominada por la vista de Mark, este avanzó para no perderlo de vista, temeroso de que pudiera rehacerse y atacar.

Llegó el ex pugilista hasta la ventana desde la cual dominaba no solamente el gabinete en donde se había desarrollado la escena, sino el pequeño recibidor del apartamento.

Norah tomó de la percha el sombrero del hombre y se lo alargó a él, pero sin confiarse un instante.

Fue él quien abrió la puerta por la que poco después, y tras una despedida verbal, que Mark no pudo oír, salió.

Cerró la rubia, quien tan pronto como él hubo salido aseguró la puerta con un fuerte pasador.

A continuación, como si la tensión que había vivido la hubiese agotado, se apoyó de espaldas contra la puerta, sus brazos cayeron a lo largo del cuerpo y la pistola se escurrió de su mano para caer casi sin ruido sobre la alfombra.

Sin embargo la rubia se rehízo pronto de su abatimiento y se apresuró a desplazarse hasta la ventana que se hallaba abierta, velada únicamente por unos visillos.

Al verla llegar, Mark se apartó a un lado y Norah, una vez en ella, cerró, corriendo de manera ruidosa la persiana automática, haciendo luego lo propio con las otras dos ventanas que tenía el apartamento.

Y Mark se retiró al suyo, sintiendo que había perdido momentáneamente el apetito, aunque no tardó en recobrarlo al verse ante lo que había adquirido.

CAPÍTULO II

Norah Gibbs, apenas hubo cerrado todos los huecos por dónde se hubiese podido entrar a su apartamento, tomó el teléfono, y marcó un número.

Cuando le respondieron reconoció la voz silbante y la respiración fatigosa de Barry Talbot, el abogado, que preguntó malhumorado:

—¿Quién llama? ¿Cree que estas son horas...?

Le interrumpió Norah, diciendo:

—Soy Norah Gibbs. O si lo prefiere, la señora Kellog. Me ha dicho usted muchas veces que si le necesitaba, no vacilara...

En aquella ocasión fue Talbot quien interrumpió, exclamando:

—¡Por favor, Norah! Le ruego que me disculpe. No podía imaginar que fuese usted... Y el caso es que siempre estoy deseando verla, que me llame...

Se detuvo Talbot para respirar fatigosamente y proseguir:

—He tratado de ponerme en contacto con usted durante todos estos días, pero no lo he podido lograr. ¿Dónde diablos se mete?

—Dejé la casa de mi marido y he alquilado un apartamento. Vivo con mi nombre de soltera...

—¡Me parece magnífico! —exclamó el abogado.

—A mí me parece horrible haber tenido que llegar a esto... Pero no se trata de hablar ahora de mi matrimonio...

—¿Por qué no hablamos de su divorcio, Norah? Y después de su divorcio, de nuestro matrimonio...

Habló Talbot de manera entrecortada, silbando más su respiración al hablar, llegando a producir náuseas a Norah.

La rubia esquivó la respuesta, diciendo:

—Necesito verle, Talbot. Ahora mismo —precisó.

—Dígame en dónde está su departamento y voy enseguida...

—No, Talbot, no quiero que venga aquí ningún hombre...

—¿Es que no tiene confianza en mí?

—La verdad es que no tengo motivos para tenerla...

—Casémonos, Norah. Y le daremos la batalla a Kellog. Lo trituraremos. Hay dos cosas que deseo fervientemente. Tenerla a usted por esposa y verlo destrozado a él...

—¿Dónde podemos vernos? —preguntó la mujer evitando una vez más responder a las proposiciones del abogado.

—Venga a mí casa. La aguardo...

La rubia interrumpió con viveza:

—¿A su casa? ¿Cree que estoy loca?

—¡Sabe bien que la respetaré...! —exclamó Talbot.

Respondió Norah casi en despectivo.

—¡Claro que me respetaría! Sé hacerme respetar... No soy ya la niña estúpida que se dejó cazar hace casi siete años por Douglas Kellog...

—No hay duda que no lo es...

—Ha de ser en otro lugar que en su casa. Estoy vigilada, mi marido ha localizado mi apartamento... Acaba de estar aquí y no lo he matado por verdadero milagro —dijo impulsivamente la rubia.

—Podía haberlo hecho. Yo la hubiese sacado luego de la situación...

—No lo he hecho —respondió secamente, evitando darle una dura respuesta al abogado.

Siguió la respiración fatigosa, silbante, del abogado.

Norah prosiguió:

—¿Dispuesto a qué nos encontremos en un lugar en donde no podamos ser espiados por los sabuesos de mi marido? Ni me conviene a mí, ni resultaría sano para su integridad física el que nos viesen juntos.

Se produjo Norah con expresión un tanto burlona, sabiendo que no podría menos de impresionar al abogado.

Este resopló primero y respondió después:

—Como usted diga. Ya sabe que me tiene a su disposición...

—¿Qué le parece si me aguarda usted a la puerta de la Judson Memorial?

—¿Dónde queda eso? —preguntó el abogado.

—En el número cincuenta y cinco de la Washington Square... Yo pasaré por allí en un taxi justo dentro de veinte minutos. Controle su hora si está de acuerdo...

—Ya sabe usted que no tengo más remedio que estar de acuerdo.

—Pues no perdamos tiempo. Dentro de veinte minutos. Ya sabe lo que me gusta la puntualidad...

—¡Por favor, Norah! Usted ya me conoce...

—No hay más que hablar entonces. Debo marchar para recogerle a tiempo, pues estoy bastante lejos.

—A mí tampoco me pilla muy cerca. Tengo el tiempo justo...

—No falle, Talbot, por favor; le necesito.

—No puedo fallar...

—Hasta ahora...

Dijo la rubia las dos últimas palabras de despedida, con voz cálida, para animar a Talbot, al cual deseaba alejar de su casa.

Norah enhorquilló el tubo del microauricular, cortando la comunicación, y sin perder tiempo, aunque sin prisas, se dispuso a vestir un traje de calle, sencillo, de tono oscuro, dispuesta a pasar lo más desapercibida posible.

Estuvo arreglada en cinco minutos y apagó la luz, dirigiéndose entonces a la ventana del gabinete, por la cual resultaba fácil llegar hasta

la escalera de emergencia.

Levantó el cierre el espacio que calculó justo para que pudiese pasar su cuerpo y subiendo a una silla inició la salida comenzando por sacar una de sus magníficas piernas.

* * *

Mark se había puesto a ingerir su ligera cena, cerca de la ventana, puesta su mirada en, la ventana que correspondía al departamento de Norah.

Había bajado el cierre hasta más de su mitad y permanecía a oscuras, pensando en que la rubia no lo viese en su labor de observación si volvía a abrir su ventana.

Mark comprendía que ella había cerrado por miedo, y más que espiar a la sugestiva rubia, se mantenía en plan de vigilancia por si alguien intentaba allanar el apartamento de ella.

Apenas si Mark llevaba mediada la cena, cuando vio que el cierre de la ventana correspondiente al gabinete de Norah, se abría desde dentro.

El ex pugilista comentó para sí:

—Eso quiere decir que ha perdido ya el miedo...

Expresó el comentario a media voz y apenas había tenido tiempo de hacerlo, experimentó vivo asombro al ver asomar la bella pierna femenina.

Silbó, reflejando en su silbido la admiración que sentía.

Y su admiración fue en aumento cuando vio que después de una pierna salía la otra y finalmente se iba deslizando por la abertura todo el cuerpo.

Cuando Norah hubo salido totalmente, entró ambas manos y redujo la abertura del cierre en la medida de lo posible.

E inmediatamente, después de mirar adelante, atrás y abajo, se deslizó de manera cauta en dirección a la escalera de emergencia.

—¡Diablos! —exclamó Mark—. Ella tiene necesidad de ir a algún sitio y teme ser espiada. O tal vez la cosa sea peor. Puede que se marche para evitar que la puedan sorprender en su apartamento.

Abandonó Mark rápidamente el resto de su cena, se lavó las manos, vistió la americana y tan pronto Norah desapareció de su vista, salió, empleando también la ventana.

Actuó de manera semejante a como lo había hecho ella, bajando el cierre desde fuera en la medida de lo posible.

Inmediatamente, para que ella no lo pudiese descubrir si alzaba la cabeza, se tendió en el suelo, dando ocasión a que ella descendiese dos pisos más.

Entonces comenzó a bajar él, haciéndolo con sumo cuidado, sin perderla de vista, eludiendo hábilmente las zonas débilmente iluminadas

por las luces que salían de las casas, o pasando rápidamente ante ellas.

Norah parecía bastante más preocupada de lo que podía suceder por debajo de ella y de no dar un paso en falso, que de que pudieran seguirla y ello ayudó bastante a Mark a no ser descubierto.

El ex pugilista se mantuvo particularmente atento cuando ella llegó abajo, para saber hacia qué punto se dirigía.

Apresuró él cuando ella se hubo perdido de vista. Y una vez llegó a la calle se desplazó con rapidez.

En aquella ocasión tuvo suerte y apenas anduvo unas veinte yardas la descubrió en el momento en que ella tomaba un autobús.

Siguió teniendo suerte pues llegó un taxi en el cual se apresuró a subir, indicándole al chofer:

—Siga al autobús y deténgase detrás de él en cada parada, de manera que yo pueda ver a los viajeros que se apeen.

El hombre hizo un ademán afirmativo y puso el vehículo en marcha, graduando esta para no adelantar al “bus”, y situándose lo bastante cerca de él para que no pudiese dejarlo atrás y asegurarse de que no les seguían.

Cuando llegó al convencimiento de ello no se preocupó más que del “bus” en donde iba la rubia.

Bajó ella al llegar a Times Square, metiéndose en el District Theatre con paso seguro, sin una sola vacilación.

Dejó Mark el taxi y la siguió hábilmente a una distancia prudencial para evitar que ella le pudiese ver.

Norah se volvió algunas veces, aunque parecía convencida de que no la seguía nadie.

Al fin se detuvo ante un edificio de doce pisos, ubicado en una de las más céntricas calles del distrito.

En aquel momento pareció vacilar, mirando hacia unas ventanas del tercer piso.

La calle estaba bastante transitada y a Mark le resultaba relativamente fácil pasar inadvertido para la rubia.

Esta, tras mirar en torno a su persona una vez más, tomó una repentina decisión y dio la vuelta para dirigirse a la parte trasera del edificio.

Mark la siguió.

Norah pasó con bastante naturalidad por delante de un policía que la siguió con la mirada, atraído por la rubia cabellera de ella y por su andar cimbreante.

Comprendió la rubia que no era su momento y siguió adelante para describir toda una vuelta hasta entrar por la otra boca del callejón a que daban las salidas de emergencia.

Por aquella parte tuvo suerte y pudo entrar sin llamar la atención.

Se volvió al hacerlo, obligando a Mark a detenerse pegándose bien a la pared.

El ex pugilista se detuvo a mirar cómo Norah daba una vez más muestras de decisión, subiendo por la escalera hasta llegar al tercer piso, en el cual se detuvo, mirando hacia abajo, temerosa de haber sido espiada.

Recibió Mark la impresión de que la atractiva rubia tenía bien estudiados todos sus pasos.

Ella, en lugar de detenerse a forzar la ventana de alguno de los apartamentos, entró de manera decidida por una ventana que se hallaba abierta y que correspondía a uno de los pasillos a los cuales daban las puertas.

Temió Mark que iba a ver frustrada su acción y se apresuró a seguir el mismo camino que ella, haciéndolo con simiesca agilidad para llegar arriba jadeando casi.

Percibió el perfume de Norah, un perfume muy personal, como ya había advertido en repetidas ocasiones. Y siguió su estela seguro de no equivocarse.

Se produjo con cautela, pero sin olvidar la rapidez. Y llegó a tiempo de ver que la rubia, tras abrir la puerta de uno de los apartamentos, puerta que daba a un pasillo trasversal, desaparecía de su vista.

Se deslizó sobre las puntas de los pies con la esperanza de llegar a tiempo pensando que ella hacía una visita furtiva y que tal vez se dejase la puerta abierta para no perder el tiempo en su retirada.

Pero cuando le faltaba muy poco para llegar escuchó un leve ruido que produjo la puerta al ser cerrada.

Mark se detuvo, sin saber qué partido tomar.

Vio que la puerta del apartamento lucía una placa y se adelantó a leerla. Decía: “Barry Talbot. Abogado”.

Repitió:

—Barry Talbot, abogado... Creo que no es la primera vez que lo he oído nombrar... Y cuando lo he oído nombrar, tengo la impresión de que no ha sido por nada bueno...

Se mantuvo en actitud de meditar y recordó al fin, diciéndose a media voz:

—¡Ya sé! Cuando tuve lío con aquellos “gangsters” malditos, él era uno de sus hombres... James Erikson y Frank Guzik... Pero estos se dejaron ya los negocios del boxeo. Creo que ahora se dedican a cosas de más altos vuelos...

* * *

Norah encontró todas las luces del apartamento apagadas.

Una vez hubo cerrado la puerta se detuvo para orientarse. No le resultó difícil, pues lo conocía bien, ya que había visitado frecuentemente el despacho del abogado.

Cuando los ojos de la rubia se habituaron a la oscuridad, percibió un

leve resplandor que salía del despacho del abogado.

A pesar de estar convencida de que estaba sola, avanzó caminando sobre las puntas de los pies, deteniéndose en el punto al cual llegaba el resplandor, en el pasillo.

La ventana que daba a la calle tenía cerrados los cristales, pero no habían echado el cierre de madera y entraba por ella el resplandor de las luces del exterior.

Norah llegó hasta la ventana y cuidando de no hacer ruido echó el cierre, dejándolo bien tupido para que no dejase escapar la luz interior por ninguna rendija.

Seguidamente se dirigió a la gran mesa despacho del abogado y encendió una luz de sobremesa, de brazo flexible y extensible.

Norah apartó a un lado el sillón en que habitualmente se sentaba Talbot y se agachó, tirando del asa de uno de los cajones.

El cajón no cedió, pero Norah no experimentó contrariedad alguna por ello, limitándose a decir:

—Era lógico...

Sacó de su bolso una llave maestra y abrió el cajón con facilidad Y una vez abierto el cajón, sacó de él una caja de hierro, la cual colocó sobre la mesa.

La examinó sin intentar abrirla y dijo:

—Me la llevaré. Y haré que me la abran a soplete. Nadie sospecha de una señora...

Una cortina se movió ligeramente a espaldas de Norah, dejando ver una mano descolorida, huesuda, de dedos largos y finos rematados por uñas que tenían bastante semejanza con las de un ave de rapiña.

Tras la mano se dejó ver una mirada brillante, de expresión entre irónica y cruel.

La mano adelantó lentamente. Era una mano larga y fuerte, a pesar de su delgadez, mano que se habría podido clasificar como de estrangulador.

El personaje del cual formaba parte la mano, vestía de negro, y en la zona mal iluminada en que había aparecido no se veía el brazo, dando la sensación de que la pálida mano flotaba sola en el espacio.

Llegó la mano a menos de un par de pulgadas del cuello de Norah, cuello que quedaba cubierto por la dorada cascada del pelo.

La rubia, que se disponía a tomar la caja de hierro entre sus manos, percibió una corriente fría a sus espaldas, oyendo al propio tiempo un respirar silbante, anheloso.

Se quedó petrificada por el terror.

CAPÍTULO III

La mano llegó hasta posarse en los rubios cabellos de Norah, la cual se estremeció al contacto.

La voz silbante de Barry Talbot se dejó oír:

—Nada de gritos, Norah. No le conviene gritar...

Acarició el abogado la cabellera de la mujer a la cual tomó después por el cuello, haciéndola girar lentamente hasta darle cara a él.

—¡Estás preciosa! Sugestiva, atrayente... No hay otra mujer como tú. La verdad es que Douglas Kellog es rematadamente idiota... Te deja por otras, algo inconcebible...

—Suélteme, Talbot. Suélteme o puede que no me limite a gritar...

—¿Y por qué no lo hace? Acudiría la policía y usted no saldría muy bien librada. Ni su marido tampoco; y él, en vísperas de elecciones, no le agradecería en absoluto el escándalo...

Ante la actitud tirante de Norah, el abogado había vuelto a darle el tratamiento que en el primer momento le había retirado, detalle que Norah no pasó por alto.

Ella dijo con firmeza:

—Vamos a dejarnos de frases, Talbot. Y no intente volver a tocarme porque lo destrozo, sapo repugnante...

Talbot, que había permanecido semioculta tras el cortinaje, crispó las manos y salió, dando la impresión de que echaba lumbre por los ojos, de maligna expresión, que brillaban tras las gafas.

El abogado, de talla mediana, cojeaba ligeramente el andar, cojera que le obligaba a mover a un lado y otro, de forma un tanto ridícula su tronco delgado y mal desarrollado.

Y si el tronco era delgado, tenía un vientre prominente, que le daba un aspecto grotesco, que hacía pensar en un panzudo sapo.

Tenía la piel muy pálida, amarillenta casi, piel que se mantenía húmeda por el sudor casi Siempre.

Cabello largo, muy lacio, lo llevaba partido por una raya, cayéndole las crenchas, grasosas casi siempre, a ambos lados de la cara.

Y para colmo su respiración era silbante, anhelosa.

Norah Gibbs no se dejó amilanar por la expresión del abogado y se mantuvo firme frente a él, sin dejar de mirarlo un solo momento.

Fue cediendo la tensa actitud de Talbot, y Norah, pasados un par de minutos, dijo:

—Creo que están claros los motivos de mi visita, ¿no?

—Sí, muy claros. Robarme. Para eso me hizo salir de mi casa citándome en un lugar al cual usted no pensaba acudir. Pero cuando usted

va, yo estoy ya de vuelta...

—Es difícil engañar a un granuja con tantas horas de vuelo como usted, ¿no es eso?

—Admitamos que es así —respondió Talbot cínicamente.

Tras un lapso de silencio, manifestó Norah:

—No he venido a robarle, sino a recobrar algo que es mío, algo de lo que usted se apoderó con engaño.

—De acuerdo. Puedo admitir tal cosa puesto que no nos oye nadie. Pero eso que usted quiere no está ahí, en esa caja; no está siquiera en mi casa. Y aunque estuviese en ella, sería lo mismo...

—¿Qué quiere decir?

—Está muy claro. Que no se va a llevar usted lo que viene a buscar.

—No se empeñe en violentar las cosas, Talbot. Mi marido ha logrado ya la desviación de la zona de ensanche tal como sus amigotes deseaban, así como la concesión para construir los puentes y las vías de comunicación...

—Ya lo sé.

—Entonces, devuélvame lo que me quitó con engaño. Fue lo convenido, ¿no?

Talbot miró a Norah con maliciosa expresión y respondió finalmente con marcada ironía:

—Sí, fue lo convenido; pero si le entrego eso su marido se puede volver atrás...

—Usted sabe bien que no se podrá volver atrás...

—Bien; pero dejaríamos de tenerlo en nuestras manos. Y podemos necesitarlo de nuevo...

—Mi marido me ha amenazado. Tiene el convencimiento de que fui yo quien se interpuso cuando iba a recobrar él los comprometedores documentos. Y no tengo ningún deseo de morir...

—Cásese conmigo, Norah y destrozaremos a ese fantasmón...

—Físicamente me da usted asco, Talbot; pero es que moralmente me da más asco aún. Mi marido vale bastante más que usted en todos los órdenes y le he despreciado. ¿Cómo puede pensar que sea capaz de casarme con usted?

—Está bien, Norah. Usted variará de actitud, se lo aseguro. Ha querido tenderme una trampa y ha sido usted quien ha caído en ella...

Señaló una pausa y preguntó a continuación:

—¿Qué cree que puede suceder ahora si llamo a la policía?

Norah palideció ligeramente.

—Usted no me puede denunciar de nada, mi linda rubia. Si habla de esos documentos que ha venido a rescatar, el perjudicado sería su marido; y usted, de rechazo...

—Maldito sapo...

Talbot, haciendo caso omiso del insulto, prosiguió:

—En cambio usted tendrá que explicar muchas cosas. Por ejemplo, ¿cómo ha entrado? Yo no le he abierto. Eso puede significar que usted tiene un duplicado de mis llaves. ¿Qué sucederá cuando se lo encuentren encima...?

Siguió otro lapso de silencio que rompió el abogado para decir:

—Tiene unas agravantes que se llaman premeditación y nocturnidad. El hecho de que se hiciera un duplicado de mis llaves señala la premeditación, y la nocturnidad es evidente.

—¿Algo más? —preguntó Norah, que iba serenándose.

—¡Naturalmente que sí! Ha empleado una llave maestra para abrir un cajón de mi mesa e intentaba llevarse esa caja de hierro en donde hay dinero y otros valores. ¿Es capaz de negarlo?

—Temo que no...

—No, no lo podrá negar. La llave maestra está en su bolsillo, conserva las huellas de sus lindos y perfumados dedos, lo mismo que esa caja metálica...

Norah actuó de improviso, tomando de la mesa un pesado pisapapeles con su mano derecha.

Se produjo con tal rapidez que cuando Talbot quiso retroceder era tarde ya.

El hombre gritó con expresión angustiada:

—¡No! ¡Eso no!

Golpeó Norah fuertemente en la cabeza del indeseable y este cayó al suelo como fulminado, manando sangre abundantemente por la herida que le produjo la rubia.

Esta permaneció inmóvil, asustada, mirando al caído cuya palidez se había hecho mucho más intensa.

—¡Dios mío! ¡Lo he matado!

Ante tal posibilidad la rubia perdió la cabeza, dejó caer el pisapapeles y echó a correr en dirección a la puerta.

No había echado la llave después de entrar y no tuvo dificultad alguna para salir, cerrando de un portazo.

Se lanzó corriendo en dirección al pasillo convergente por el cual había entrado.

Cuando llegaba a él tropezó con Mark Hudson que caminaba en sentido contrario, en dirección a la puerta del apartamento del abogado.

Norah se excusó con voz quebrada, disponiéndose luego a proseguir su huida.

—¡Perdone...!

—Señorita Gibbs... ¿Es que no me ha conocido? —preguntó el joven.

La rubia no tuvo más remedio que detenerse, dando una exclamación de asombro.

—¡Vamos, serénese y confíe en mí!

Ella permaneció silenciosa, dando muestras de vivo desconcierto.

—Debe confiar en mí —repitió Mark—. Sí, ya me dijo antes que no debía arriesgarme, pero yo la he seguido porque estoy seguro de que está en un grave apuro y vengo a ayudarla...

Norah preguntó como no queriendo creer lo que oía:

—¿Qué me ha seguido?

—Sí. Primero tuvo usted el incidente con aquel par de gorilas que dejé tendidos, pero usted desapareció...

Mark advirtió sorpresa y asombro en el rostro de Norah y prosiguió:

—Cuando volví a casa fui testigo de la escena que tuvo usted con aquel hombre. Me disponía a intervenir, pero usted lo dominó...

Norah se sintió con fuerzas para decir:

—Fue mejor que no interviniese...

—No fue necesario, porque de lo contrario...

Mostró su recio puño derecho, dando a entender que estaba dispuesto a emplearlo a su favor.

El ex pugilista siguió diciendo:

—Luego la vi salir por la ventana. Estaba seguro de que usted corría un peligro y la seguí...

Tras breve pausa, preguntó:

—¿Qué le sucede? ¿En qué puedo ayudarla?

—Es mejor que me deje, Hudson...

—No puede pedirme eso...

—Está bien, acompáñame, vámonos de aquí...

—¿Por dónde hemos entrado?

—Precisamente...

—Iré delante. Está usted muy nerviosa y no quiero que sufra un contratiempo...

Marcharon hasta el extremo del pasillo y una vez ante la ventana Mark fue el primero en saltar por ella. Miró hacia abajo y se volvió a Norah, anunciando:

—Sin novedad, vamos.

Antes de seguirle, preguntó ella:

—¿Ha visto si me seguía alguien antes? Yo no vi a nadie y sin embargo, me seguía usted.

—Podría asegurarle que no la siguió nadie.

—Gracias. Vamos...

La rubia le tendió su mano perfumada. Mark se estremeció ligeramente al percibir el contacto con ella.

El descenso no fue fácil para Norah que logró llegar abajo sin ningún contratiempo gracias a la ayuda y la atención de Mark.

Recordó ella el lugar en donde se hallaba el policía anteriormente y aunque era el camino más corto, pidió a Mark:

—Vamos por aquí...

—¿No quiere que la vuelva a ver el policía? —preguntó Mark.

—Justamente. No quiero que me vuelva a ver...

La rubia echó a andar deprisa y Mark se puso a su lado. Resbaló ella y Mark la tomó del brazo evitando que cayera.

—Está usted muy nerviosa...

Se mantuvo silenciosa hasta que hubieron dejado atrás el callejón.

Una vez en la calle, Norah, horrorizada de sí misma, se separó de Mark, se cubrió la cara con ambas manos y dijo con voz entrecortada:

—¡No me debe tocar! He matado a un hombre...

Mark dio un respingo y preguntó a inedia voz:

—¿El mismo que fue a verla antes?

—No...

El apartó suavemente las manos de la cara de la rubia, diciéndole en la misma voz amable, confortadora.

—Deje ver su cara. Lo contrario llamaría la atención. Así...

Leyó Mark el miedo y la desesperación en el rostro de Norah, que le miró de manera vacilante.

—¿Está segura de que lo ha matado?

Mark volvió a tomar a la mujer del brazo y le dijo:

—Sigamos andando. Y cuénteme lo sucedido...

—Se trata de un sucio chantajista... —dijo Norah.

—¿Barry Talbot? —preguntó Mark.

—Sí. ¿Lo conoce?

—Trabajaba para una pandilla de *gangsters* que dominaban el boxeo no solamente en nuestro Estado, sino en el de Illinois, principalmente en Chicago. Tenían también un acuerdo con los organizadores de la costa atlántica. El que no se les sometía tenía que abandonar la profesión. Y ese fue mi caso...

—Lo ignoraba. Había oído hablar de eso, pero se dijo que la causante había sido una rubia que actuaba en Broadway.

—En esos casos no se puede decir la verdad y fue ella la que cargó con la cosa. Pero cuando decidí colgar los guantes, la rubia y yo habíamos reñido ya...

Caminaban despacio, el uno junto al otro.

Mark preguntó a Norah:

—¿Más tranquila?

—¿Cree que se puede estar tranquila después de haber matado a un hombre?

—Puede que no lo haya matado y que ahora él se esté riendo de su miedo y de su huida. Confíe en mí, por favor. Le aseguro que soy incapaz de hacer una pillada a nadie.

Norah miró al ex pugilista y comprendió inmediatamente que él no sería capaz de traicionarla.

Y le refirió entonces lo sucedido.

—Así pues, ¿no ha cubierto usted su objetivo?

—No.

—Esos documentos tienen mucha importancia para usted...

—Sí, mucha.

Había tal ansiedad en la expresión de Norah, que Mark le prometió:

—Yo los conseguiré. Si no los consigo, dudo que pueda nadie hacerse con ellos.

—¡Pero él está muerto! Y estoy segura que decía verdad cuando aseguró que no estaban en la caja de hierro.

—Yo estoy convencido también de que no estaban en la caja de hierro. Conozco a Talbot y sus trucos...

Tomó Mark entre sus manazas una de las finas manos a la rubia y tras examinarla, dictaminó:

—Esta linda mano no tiene fuerza para matar a un fulano, aun cuando sea un blando sapo como Talbot.

—Lo dice por tranquilizarme.

—Lo digo porque es así. Sé bastante de golpes y en el lugar en que usted le ha dado y con su fuerza, habría de ser mucha desgracia para que lo matase.

Sin dar ocasión a que ella respondiese, pidió Mark:

—Deme la llave que usted empleó para entrar...

—¡Sería un allanamiento de morada! ¡Me lo dijo él!

—Si no me da la llave habré de forzar uno de los cierres de las ventanas que dan a la escalera de emergencia...

—¿Está decidido...?

—Sí. Así recobrará esos documentas que tanto la inquietan y tendrá la seguridad de que no ha matado a nadie...

—Yo tengo miedo de volver. Aguardaré por aquí cerca...

—Va a hacer una cosa mejor. Tomará un taxi o el "bus", si lo prefiere, y se va a ir, no a su apartamento, sino al mío. Aguárdeme allí.

—¿A su apartamento?

—Sí. Estaré más tranquilo. El suyo debe estar vigilado y es preferible que no la vean entrar en él. Y tampoco debe emplear la escalera de emergencia. Puede resultar arriesgado.

Ella admitió con un movimiento de cabeza.

Le entregó Mark las llaves de su apartamento, diciendo:

—Debe instalarse en él como si fuera el suyo...

—Gracias...

—¿A qué se refieren los documentos...? No se lo pregunto por curiosidad, sino para evitar que Talbot pueda engañarme.

—Se refieren a un sucio negocio de mi marido que implica trata de blancas y contrabando de estupefacientes... Estoy separada de él y voy a pedir el divorcio. Pero debo recobrarlos porque soy la culpable de que los tenga Talbot...

—¿Fue su marido quien estuvo antes en su apartamento? Me resultó

un perfil conocido el suyo.

—Sí. Se trata de Douglas Kellog...

—¿El antiguo *gangster* y hoy político?

—El mismo. Cuando me lo presentaron yo ignoraba su pasado; me dijeron que era un político con brillante porvenir... —informó Norah.

—Y ese brillante porvenir a punto de cuajar en una realidad, está a punto de quebrarse si esos documentos fuesen aireados.

—Justamente —admitió Norah, la cual siguió—: Aunque Talbot y los que están detrás de él no los emplearán en desenmascararlo, sino en arrancarle concesiones...

—Y han comenzado ya el chantaje, ¿es así?

—Justamente...

Tras una pausa, dijo:

—Mi marido me ha amenazado... Por otra parte, tiene horror a que le plantee el divorcio en estos momentos cruciales de su vida, de cara a las próximas elecciones.

—¿Intentaban secuestrarla aquellos dos gorilas...? —preguntó Mark.

—¿A qué gorilas se refiere? Antes me ha parecido que hacía mención a algo semejante. Estaba aturdida y no le pude entender...

Mark describió brevemente la escena en la cual había tomado parte librándola de los dos grandazos.

Norah, con los ojos agrandados por el asombro, respondió:

—No he ido por tal lugar ni sé de qué me habla...

—Me dio la impresión de que iba embriagada o tal vez drogada; pero se recobró tan pronto la atacaron...

—No era yo, se lo aseguro. Le confieso que me he drogado, pero ya no lo hago desde hace tiempo...

La rubia tembló. Mark sintió compasión de ella y ejerciendo una cariñosa y confortadora presión en uno de sus brazos, le dijo:

—Ya hablaremos de eso. Ahora vaya a mí departamento mientras yo voy a encontrarme con ese sapo inmundo de Barry Talbot...

CAPÍTULO IV

Mark volvió a recorrer el camino, pero a la inversa, deteniéndose al llegar ante la puerta de Barry Talbot.

Arrimó el oído a la puerta, para escuchar. No oyó nada.

Entonces se agachó para mirar por debajo de la puerta. No se veía luz alguna por debajo de la rendija.

—¿Es posible que no haya vuelto aún en sí? Porque no creo que lo haya matado...

Una vez de pie otra vez, sacó la llave que la rubia le había entregado y la metió en la cerradura, girando luego sin hacer ruido alguno.

Contuvo Mark la respiración y empujó con una mano aguantando la puerta con la otra para ir abriendo de manera paulatina.

A medida que abría fue Mark asomando la cabeza, pudiendo apreciar que las luces interiores estaban apagadas.

Y cuando quedó practicable el espacio justo para que pudiese entrar su cuerpo, se deslizó materialmente, sin producir un ruido, ni el más leve roce.

Cerró con el mismo cuidado y apenas hubo cerrado oyó una voz silbante que le conminaba:

—¡Quieto o lo achicharro!

Casi al mismo tiempo percibió Mark el contacto en sus riñones de una pistola que esgrimía Talbot.

Mark sabía perfectamente cuándo un hombre amenazaba dispuesto a cumplir lo que decía y comprendió que el abogado no vacilaría en disparar.

Tenía Talbot una buena justificación, puesto que el ex pugilista entraba en su casa con una llave duplicada.

Sin contar con que podía achacarle el ataque que había sufrido, presentando su muerte como un caso de legítima defensa.

Mark se mantuvo inmóvil, sin perder nunca la confianza en sí mismo.

—No pensaría usted que le estaba esperando...

—No esperaba encontrar a nadie... ¿Qué hace usted en mi apartamento, me quiere decir? —preguntó Mark con naturalidad.

—¡No sea cínico! No piense que puede engañarme, no tengo nada de tonto.

—No he pensado que pueda ser tonto... ¿Acaso me he equivocado de planta y estoy en otro apartamento que no es el mío? Encienda la luz, por favor. Le aseguro que no me moveré.

—Encenderé la luz; ¡pero no se moverá porque si lo intenta, lo achicharro! —amenazó el abogado.

—Dicen que no hay dos cerraduras iguales, pero aquí se ha dado una coincidencia.

Talbot encendió una de las luces, sin dejar de apoyar el arma en la espalda de Mark.

Seguidamente dijo:

—No hay ninguna coincidencia; ni tampoco equivocación. Usted venía a hacerme una visita... Lo he visto cuando subía por la escalera de emergencia...

—He subido en el ascensor...

—En el ascensor de sus piernas... Vamos, dé dos pasos hacia adelante y vuélvase. Me gusta ver la cara a la gente...

Mark, tal como el otro le ordenaba, dio dos pasos y giró luego lentamente.

Pudo apreciar que Talbot se había separado también un par de pasos para quedar fuera del alcance de sus manos.

El abogado, al reconocer a su visitante, silbó admirado, diciendo luego:

—¡Vaya! ¡Si es el gran Mark Hudson en persona! ¿Qué tal, “campeón”?

—No me puedo quejar. Con menos dinero que cuando peleaba, pero más tranquilo.

Talbot hizo alusión al arma y dijo:

—¿Ahora también? Una pistola es más peligrosa que los puños del más difícil de los adversarios.

—Mis compañeros de profesión no me inquietaron nunca gran cosa, ni me robaron la tranquilidad tampoco. Eran los granujas que nos rodeaban intentando chupamos la sangre... Erikson, Holmes, Guzik, usted...

—Holmes murió. ¿No te enteraste? —preguntó el abogado fingiendo hallarse afectado aún por la muerte del que había sido su compañero de granujerías.

—Sí, sé que le convirtieron la piel en un colador. ¿Quién lo ordenó, Talbot? ¿Usted? ¿O fue cosa de Erikson y Guzik?

—Eso es siempre orden de algún mandamás. Yo no he sido nunca más que un orientador. Y he defendido con éxito a bastantes muchachos, tú lo sabes.

—Escuche, Talbot. Me molestan las confianzas y más, tratándose de un sapo repulsivo como usted. Dispare si le place, pero tráteme como es debido.

—No hay duda que le trataré como se merece, Hudson...

Respiraba fatigosamente, como era habitual en él y se movió luego con cierta torpeza, pues le cansaba la misma posición.

—¿A qué ha venido, Hudson?

—Ya le he dicho que me he equivocado de planta. Vivo en la de más

arriba...

—¿Trabaja por cuenta de Kellog o de la rubia? —preguntó el abogado.

El ex pugilista señaló un encogimiento de hombros, dando a entender que no sabía de qué le estaba hablando.

Talbot decidió:

—Ha sido cosa de la rubia. Recuerdo que las rubias eran su perdición. Se habló de que una de ellas le había retirado del "ring".

—Las rubias que me separaron del "ring" se llaman Erikson y Guzik, con los que usted colaboraba. Debía haberlos aplastado en lugar de colgar los guantes.

—Un poco complicado eso, Hudson. Otros lo intentaron antes y después y no les fue nada bien.

—¿A qué se dedican ahora esa pareja de granujas? Oí decir que tuvieron que soltar lo del boxeo...

—¡Bueno! Aquello no interesaba ya. Daba menos de lo que la gente imagina y resulta complicado. Además, no estaba bien mirado. Ahora se trabaja en cosas serias...

—¿Cómo por ejemplo...? —preguntó Mark.

—No me gusta hablar de los negocios de los demás. Puede resultar peligroso y yo soy muy cauto. Vamos a lo que interesa. ¿Por cuenta de quién trabaja?

—No sé nada de eso...

—No se haga el duro, por favor. Piense que lo puedo ablandar...

Mark rio escandalosamente, de manera hiriente, desconcertante para Talbot, cuyas venas del cuello se hincharon cuando el hombre gritó:

—¡Cállese! ¡Cállese o no respondo de mí!

—Diablos, Talbot, es usted muy susceptible...

—Eso es cosa mía —respondió el abogado con entonación rencorosa.

—Habrá que condescender. Tiene usted la pistola en la mano y es usted más nervioso de lo conveniente. ¿Quién lo iba a decir, oyéndole en otras ocasiones, cuando se siente dominador?

—Ahora le tengo dominado...

—No está usted muy seguro de ello —manifestó Mark deseando ganar tiempo.

—Responda a lo que le he preguntado, Hudson. Y piense que la cabeza me sirve para algo...

—Ya lo veo. Para que le golpeen en ella, ¿no? —preguntó Mark intentando irritar de nuevo al abogado.

Talbot resopló, las venas del cuello se le volvieron a hinchar; pero fue capaz de contenerse. No se sentía muy seguro estando de pie Mark, cuya agilidad conocía sobradamente y le señaló un butacón que se hallaba junto a una mesa ratona, en la que había un grueso cenicero destinado a los que esperaban normalmente a ser recibidos.

—Siéntese ahí y no intente moverse, Hudson —pidió el abogado.

Mark tomó asiento en el sillón, adoptando una postura cómoda.

—Responda a mí pregunta.

—¿No respondió usted antes que había sido cosa de una rubia? —preguntó a su vez Mark.

—Quiero oírselo a usted.

—Parece que está usted metido en un feo asunto, Talbot. ¿Ese Kellog que me nombró antes, es aquel fulano que se dedicaba a asuntos de estupefacientes y trata de blancas y que ahora se ha metido en política?

—Soy yo quien pregunta, Hudson. ¿O es que lo ha olvidado?

—Le he dicho lo que hay; pero usted no me quiere creer, Talbot. ¿Qué le voy a decir? No sé nada de ninguna rubia ni del tal Kellog. Yo vivo arriba, créalo o no. ¿Por qué no llama al conserje y se lo pregunta?

Mark hablaba con gran desparpajo, con una seguridad que habría convencido a otro que no fuese Talbot.

Accionó con naturalidad y señaló para el techo cuando mencionó que vivía en el departamento de la planta superior.

Luego miró a espaldas de Talbot y dijo de improviso:

—¡Adelante, Norah, sin miedo...!

Resultó sorprendente para el receloso Talbot quien giró la cabeza un instante aunque sin dejar de encañonar a Mark.

Y el ex pugilista aprovechó la fracción de segundo que le brindaba el movimiento de Talbot, para lanzarle el pesado cenicero que se hallaba en la mesa ratona al alcance de su mano.

No llegó a asirlo, sino que lo lanzó de un manotazo.

El abogado, instintivamente, hizo Un movimiento para esquivar.

A pesar de ello el cenicero le alcanzó en el pecho, aunque sin producirle gran daño.

E inmediatamente Talbot disparó contra Mark.

El ex boxeador, aprovechando su movimiento para lanzar el cenicero, había salido del sillón, arrojándose al suelo.

Y cuando fracciones de segundo después se producía el disparo, la bala silbó por encima de él para ir a incrustarse en el sillón en donde estaba sentado instantes antes.

El disparo había hecho escaso ruido pues el arma llevaba ajustado silenciador. Y aún vibraba en el aire tal ruido, cuando se oyó un leve gemido exhalado por Talbot.

Mark, moviéndose con asustante precisión había vuelto a saltar y había golpeado a Talbot con el canto de la mano, obligándole a soltar el arma que tan mal había empleado.

Antes de que el abogado se repusiera de tal golpe repitió Mark, pero en aquella ocasión dirigió el canto de la mano a la carótida de su enemigo, el cual trastabilló, cayendo luego sobre las rodillas y las manos.

Lo aferró Mark por la ropa, lo zarandeó con violencia, dando el abogado la impresión de que se iba a desarmar.

El ex boxeador registró al dueño de la casa, para asegurarse de que no llevaba armas más alguna y seguidamente lo arrojó de sí, obligándolo a sentarse en el sillón.

Y anunció tranquilamente:

—Ha cambiado la situación, Talbot. Ahora soy yo quien domina, sin necesidad de armas... Comprendo que la cosa no le haga gracia, pero no tiene más remedio que admitirlo y someterse...

No estaba Talbot en condiciones de responder. Respiraba fatigosamente, abriendo mucho la boca, girando a un lado y a otro la cabeza como si tal movimiento le pudiese ayudar.

A no haber sido el abogado tan granuja, Mark hubiese sentido lástima de él.

—No comprendo cómo se mete usted en líos cuando cualquier vapuleo lo puede poner en peligro de muerte...

Talbot respondió trabajosamente, dando la impresión de que echaba lumbre por los ojos:

—¡Los fuertes también mueren! Y usted morirá antes de lo que puede imaginar...

—Eso está por ver. Y de momento es usted quien está en mis manos.

Tras breve pausa, dijo Mark:

—Usted conoce el motivo de mi visita.

—Sí.

—Entonces no perdamos tiempo. Entrégueme esos documentos comprometedores para Kellog.

—No los tengo aquí... Ni siquiera están ya a mí alcance —respondió el abogado.

—Está mintiendo, Talbot. Si me enfado lo va a pasar usted mal...

—Digo la verdad. ¿Cree que iba a tener aquí una cosa así? ¿Cree que “ellos” me lo iban a permitir?

Acentuó el abogado significativamente el pronombre, para que a Mark no le resultase difícil comprender que “ellos” eran Erikson y Guzik.

—No me haga perder la paciencia, Talbot. Sé bien cómo trabaja usted. Y en esta ocasión, aunque para ellos, está haciendo la guerra por su cuenta.

—Le aseguro...

Mark le interrumpió, diciendo:

—Le tengo ganas, Talbot. Por lo de antaño y por lo de ahora. Es mejor que no me dé un pretexto para que le ponga la mano encima.

Adelantó hasta situarse casi encima del abogado, al cual podía golpear con solo adelantar una mano.

—Si me toca no lo pasará bien, Hudson.

—Quien no lo pasará nada bien, será usted...

Adelantó Mark su derecha en dirección al rostro de Talbot que alzó un brazo para cubrir su cara.

El ex pugilista había provocado deliberadamente tal movimiento, y lo asió por el brazo, para tirar luego de él, arrancando al abogado del sillón.

Seguidamente, los dos de pie ya, le retorció el brazo, obligándolo a girar hasta situarle el antebrazo a la espalda.

Mark, con la mano libre, hizo presa en el cogote de su enemigo e inició en él una lacerante presión.

E inmediatamente lo obligó a caminar en dirección al despacho.

Quiso resistirse el abogado y Mark aumentó la presión en el cogote, arrancando un gemido al granuja.

—Me va a dar eso, Talbot. No piense que le voy a matar. Será mucho peor para usted.

—¡No lo tengo! —gimió más que dijo.

—Sí lo tiene...

Se habían detenido ante la misma puerta del despacho y al resistirse el abogado a entrar, Mark lo empujó sin soltarlo, haciendo que la frente chocase contra una arista de la puerta.

Gimió el granuja, cuyas piernas se doblaron, no cayendo al suelo porque Mark lo aferró fuertemente.

Comenzó a sentir Talbot que le dominaba una profunda angustia, que el sudor goteaba por su frente, que si el tormento no cesaba podía caer en la locura y gritó:

—¡Basta! Se lo entregaré.

Mark soltó casi automáticamente, a la vez que decía:

—¿Ve qué fácil? Yo estaba seguro de que usted me comprendería.

Al ser soltado Talbot se tambaleó y hubiese caído al suelo a no ser porque Mark lo volvió a sujetar, conduciéndolo entonces hasta uno de los butacones del despacho, una de cuyas luces encendió a continuación.

El abogado respiró fatigosamente, aflojándose luego el nudo de la corbata.

Gimió:

—¡Mi corazón! Ha estado a punto de hacerlo estallar...

Mark apremió:

—Déjese ahora de lamentaciones y no perdamos tiempo. Se hubiese podido ahorrar casi todo el castigo que ha recibido.

El abogado se levantó trabajosamente, tomó una llave de uno de sus bolsillos y abrió la caja de hierro que estaba aún sobre la mesa.

Dentro de ella, en un estuche, se hallaban otras llaves. Las tomó y se dirigió a un óleo que se hallaba colgado en la pared.

Lo apartó y quedó al descubierto un paño que al ser alzado dejó a la vista una pequeña caja de caudales empotrada en la pared.

La abrió bajo la vigilancia del ex boxeador. Y después, de un compartimiento, cerrado también con llave dentro de la misma caja de caudales, sacó un sobre que entregó a Mark.

—Ahí lo tiene...

Tomó Mark el sobre con la mano izquierda y ordenó al abogado:

—Vuelva a su sillón. Y no intente moverse.

Una vez Talbot sentado, bastó a Mark un simple repaso para llegar al convencimiento de que no había sido engañado.

—Creo que está de acuerdo. Pero como haya habido engaño, le aseguro que se arrepentirá.

—No hay engaño.

—Será mejor para todos —respondió Mark.

El joven miró para la puerta del despacho y dijo:

—Le voy a dejar encerrado aquí. Colocaré la llave debajo de la puerta de manera que con un poco de trabajo, pueda hacerse con ella. Justo el tiempo que necesito para largarme.

—No pienso perseguirle... No estoy en condiciones de hacerlo...

—Le quitaré la posibilidad de hacerlo y así estará mejor...

Mark arrancó la conexión del teléfono, cortando luego el hilo para que si intentaba la reparación, le llevase bastante tiempo.

—Hasta la vista, Talbot; si olvida esto, será un bien para usted.

—Yo lo puedo olvidar; serán "ellos" quienes no olvidarán.

—Peor para "ellos" y para usted. No tienen por qué saber que he sido yo quien se lo ha llevado.

Señaló el ex pugilista un encogimiento de hombros y dijo:

—En fin, Talbot. Es usted mayorcito y sabe perfectamente lo que le conviene.

Salió Mark, cerró la puerta con llave y dejó esta debajo de una de las hojas, tal como había dicho al abogado.

Poco después abandonaba la casa y volvía a la salida de emergencia.

Miró antes de iniciar el descenso. Había tranquilidad en el callejón y descendió ágilmente.

Poco después tomaba un taxi.

Sentía verdaderas ansias de llegar junto a la rubia para tranquilizarla y entregarle lo que tanto le interesaba a ella.

CAPÍTULO V

La rubia Norah se hallaba aguardando a Mark con grandes muestras de ansiedad.

Cuando él llamó a la puerta se aseguró por la mirilla de que no había engaño y le abrió.

Le bastó ver la expresión de su rostro para comprender que el joven había triunfado plenamente.

—¿Vive? —preguntó ella.

—Vive. Tanto, que estuvo a punto de darme un susto. Y le arranqué los documentos. Vea si son esos.

Apenas vio la rubia el sobre, mostró viva alegría en su semblante y dijo:

—Son esos, Gracias. No sé cómo podré pagarle...

—El verla sonreír es un buen pago...

—¿Qué le ha sucedido? Estuvo a punto de darle un susto...

—Volvió en sí muy pronto, me vio subir y me aguardó con una pistola. Y apenas entré, me atrapó...

—¿Y cómo pudo volcar la cosa a su favor?

—Cuando en mi época de pugilista peleaba con algún adversario difícil, procuraba hacerle perder los nervios. Esta noche empleé la misma táctica con Talbot y me dio resultado. Logré desarmarle...

—Cuéntemelo. Quiero saber lo sucedido —pidió Norah.

Había tal expresión de ansiedad, tal admiración hacia el ex pugilista, que este accedió complacido, refiriéndole con sencillez lo sucedido.

—Eso es todo —añadió al fin.

—Tuvo usted mucha serenidad. Si le llega a fallar el truco, lo hubiese matado...

—Cabe en lo posible. El caso es que no me ha matado y que ahí tiene usted lo que interesaba. Asegúrese de que no hay engaño. Como lo hubiese, le aseguro que voy allá otra vez y lo hago puré.

La rubia examinó el contenido del sobre, informando luego a Mark:

—No hay engaño. Parece que le tomó miedo de verdad.

—¡Bien! Pues ya lo tiene, se lo puede llevar... Le recomiendo que entre en su apartamento por la ventana. Si vigilan su puerta no tendrán ni idea de que ha salido y ha vuelto a entrar.

—Sí, es lo mejor...

—Y si no tiene inconveniente, antes de que vuelva usted allá, voy yo y hago un reconocimiento para tener la seguridad de que no tiene visita.

—No la tendré. Afortunadamente mi marido me teme. Sabe que su suerte depende de mí...

—Eso es lo malo...

Tras una pausa, preguntó Mark:

—¿Sospecha su marido que tiene usted esos documentos?

—No. Sabe que no los tengo, aunque ignora en poder de quién están... Tal vez tenga una ligera sospecha.

—Si piensa devolvérselos, debe hacerlo cuanto antes. La posesión de eso puede significar la muerte para su poseedor...

—No lo ignoro... Pero mi marido no se atrevería a hacerme matar, al menos, por ahora.

—No se fíe y si ha de devolvérselos, hágalo cuanto antes.

La rubia permaneció pensativa, diciendo al cabo:

—Lo haré. Pero he de lograr algo a cambio: Mi divorcio y ciertas cosas mías que guarda...

—¿Ha sido capaz de hacerle chantaje a usted, a su propia mujer?

—Mi marido es capaz de todo.

—Sí, es cierto...

Permanecieron silenciosos, mirándose. Norah dijo al fin:

—Contra lo que la gente pueda suponer, no he tenido suerte en la vida, esa es la verdad.

—El dinero y la posición social en la vida no lo es todo —arguyó Mark.

—Para mí el dinero ha sido mi desgracia. De no haber sido rica, Doug no se hubiese fijado en mí. Pero yo tenía dinero, clase, relaciones...

—Era usted una especie de escalera por la que él se podía encaramar...

—Justamente. Yo había cumplido los dieciocho años, no tenía a nadie que me orientase y él me deslumbró...

—Lo comprendo perfectamente...

—Y ha destrozado mi vida. Comprendí pronto que iba no por mí, sino por lo que yo significaba y por mí dinero...

—¿Él no era rico...?

—No. Había sufrido grandes reveses en sus “negocios” con las drogas prohibidas y la trata de blancas. Fue lo que le decidió a abandonar aquel camino para abrazar la carrera política en donde según parece el riesgo es menor y las ganancias son más seguras.

—Parece que sí...

—Mi vida durante los cinco últimos años ha sido un tormento, un verdadero tormento. Para aliviarla recurrí a las drogas y entonces fue peor. Logré desintoxicarme...

—Tuvo usted valor. No todos lo consiguen...

—Hice un viaje a Suiza y allí me interné en un sanatorio. De esa época data lo que Doug esgrime en mi contra.

—¿Quiere que me encargue yo de negociar el asunto? Será algo rápido, semejante a lo que he hecho con Talbot.

—¿Quiere que le echen encima el “gang”? Mi marido no ha dejado de

ser un "gangster". Ni él, ni otros políticos de los que forman su grupo.

—Le aseguro que no me preocupa su marido ni los granujas que le rodean. Y hasta me gustaría enfrentarme con ellos.

—No debe hacerlo, créame. Por mí parte, ansío tener tranquilidad y quiero quedar en paz con él, para que me deje tranquila...

—¿Cree que lo conseguirá? —preguntó el joven.

—A él le conviene. Y una vez le devuelva estos documentos no tiene por qué guardarme rencor, ni tampoco motivos para temerme.

—¿Cómo pudieron llegar a poder de Talbot?

—Verá. El que los poseía se los ofreció a mí marido por una crecida cantidad. Me enteré de ello, me interpuse, pagué una cantidad mayor y me los llevé yo.

Mark señaló un movimiento afirmativo de cabeza.

Y Norah siguió, diciendo:

—Por aquellos días conocí a Talbot. Necesitaba un consejero... No podía imaginar que un abogado, un hombre que conoce las leyes, que ha jurado defenderlas, pudiera ser un granuja...

—Ese es de los que estudian leyes para tener el máximo de conocimientos que les permitan burlarlas.

Norah, después de suspirar, manifestó:

—Yo lo supe Cuando era ya un poco tarde. Le había confiado esos documentos, le había hecho determinadas confidencias para que me ayudase en la lucha que tenía entablada con mi marido...

—Conozco bien a Talbot...

—Ha pretendido casarse conmigo y arrastrarme a sus sucios negocios, dispuesto a apartarme totalmente de esa otra siniestra pareja que forman James Erikson y Frank Guzik, los rivales de siempre de Doug.

La rubia se puso en pie, diciendo:

—Necesitaba confiarme a alguien. Estoy segura de que usted no me traicionará.

—Seguro que no...

—Yo le he visto pelear frecuentemente. Le admiraba siempre...

—Muchas gracias, Norah. Por lograr que siga admirándome soy capaz de volver a pelear. Ahora ya no están esos granujas dominando el boxeo; y si estuviesen, me enfrentaría a ellos...

—Mi admiración la tendrá ya para siempre. Y mi agradecimiento también. Por mí no debe volver a pelear. Ya arriesgó bastante esta noche...

Mark miró a la rubia con expresión en la que se apreciaba una naciente pasión y dijo:

—Habré de hacer algo que me proporcione más dinero que mi profesión actual de vendedor. He de construir mi vida y los ahorros que tengo no son suficientes...

—¿Y ha de ser peleando?

—Aparte vender, y no soy un vendedor brillante, no sé hacer otra

cosa.

—No estoy en condiciones de aconsejarle. En realidad conozco de la vida su parte peor...

—Pelearé y usted vendrá a verme, quiero que venga a verme...

—Iré a verle, se lo prometo.

—Gracias...

—Y ahora... quisiera pedirle un favor...

—Usted dispone de mí.

—¿Podría guardar esos documentos hasta que yo se los pida?

—Con mucho gusto...

—Debo asegurarme con Doug... Es muy sagaz y quiero evitar que pueda sorprenderme.

—Ya sabe lo que le dije antes. Si quiere, me encargaré de solucionar yo la cuestión.

—No. Debo hacerlo yo... Si fracasase o me viese en peligro, entonces recurriría a usted, si no me considera egoísta...

—¿Cómo voy a considerarla egoísta? Puede disponer de mí. Estoy deseando servirla...

Norah se disponía ya a abandonar el apartamento de Mark. El joven comenzó por apagar la luz, acompañando a la rubia hasta la ventana, cuyo cierre alzó.

Ella echó una mirada a su ventana, diciendo:

—Está tal como yo lo dejé...

Se estrecharon las manos y a continuación Mark la ayudó a saltar, siguiéndola con la mirada hasta que ella se detuvo al pie de su ventana.

Vio cómo la atractiva rubia metía ambas manos por la abertura que había dejado y levantaba el cierre.

A continuación pasó adentro y antes de volver a cerrar hizo un ademán de despedida a Mark, echando luego el cierre sin prisa alguna.

Mark permaneció un rato a la ventana, manteniéndose a la expectativa, deseando en su fuero interno que ella tuviese miedo y lo llamase en su ayuda.

Transcurrieron bastantes minutos sin que sucediese nada de lo que deseaba y al fin se retiró, echando también el cierre por su parte.

Recogió el sobre con los documentos comprometedores, sacó estos y se enteró de su contenido, y dijo:

—Es suficiente para que le echen el guante y lo condenen a unos años de prisión. Ella quedaría libre... Pero...

Movió la cabeza en sentido negativo y se dijo:

—No. Es ella la que tiene que decidir.

Pensó Mark que los documentos no estaban seguros en su apartamento. Aunque Talbot se resignase por miedo, Erikson y Guzik no se resignarían.

Mark poseía una caja de acero en donde guardaba algunas cosas de

valor.

Fue en busca de ella, la abrió, guardó los documentos sin sacar las cosas de valor y a continuación hizo un paquete con la caja.

Y seguidamente salió, para ir a depositar el paquete a una consigna.

No quiso guardar con él la papeleta resguardo y la metió en un sobre, dirigiéndola a su nombre, certificada, a lista de correos.

—A mí podrán fastidiarme; pero no tendrán lo que desean.

CAPÍTULO VI

Norah, después de cerrar, se mantuvo durante casi un par de minutos junto a la ventana, con el pensamiento puesto en la otra ventana, en el hombre que había quedado tras ella.

Suspiró finalmente y dijo a media voz:

—¿Por qué no conocería yo a un hombre como este siete años antes? Ahora es tarde, nunca sería lo mismo...

Se retiró de la ventana y atravesó el gabinete para salir a la pieza contigua.

—Podría llamar a Doug para decirle que ya tengo en mi poder lo que le interesa. Que no debe permitir que esos granujas le hagan chantaje...

Con la mano en el pomo de la puerta, se detuvo, señaló un gesto que tenía tanto de cansancio moral como de indiferencia y prosiguió:

—¿Para qué? Podría ocurrírsele venir esta misma noche, con exigencias... Que espere a mañana, que se aguante... Debo pensarlo bien antes de ponerme en contacto con él. Tal vez me convenga cambiar de apartamento aunque signifique alejarme de él...

El pensamiento de la rubia volvió a Mark, haciendo que no se sintiera tan sola ni desvalida.

—Debo ser inflexible con Doug... Me ha hecho demasiado daño para que pueda perdonarle.

Volvió atrás, encendió una lámpara de sobremesa y se despojó de la chaqueta que vestía, quedando en blusa.

Volvió hasta la puerta, la cual abrió. La pieza inmediata recibía muy poca luz de la lámpara que Norah había encendido, pero a ella le pareció apreciar algo anormal.

Se trataba de un cuerpo, algo que podía ser un hombre y que estaba tendido en el suelo, boca arriba, inmóvil, rígido.

Se sintió sacudida por un escalofrío y se llevó ambas manos a la cara, cerrando los ojos a la vez que se los cubría con los dedos.

Temió que podía ser una alucinación. Alucinaciones como las que había sufrido antes de internarse en el sanatorio, cuando era una de tantas víctimas de las drogas.

Quiso gritar, llamar a Mark, pero sintió que le faltaban las fuerzas.

Se dijo mentalmente, deseando oír su voz:

—¡Dios mío! Debe ser una alucinación... Otra vez alucinaciones... ¿Qué otra cosa puede ser?

Percibió un leve ruido, seguido de una respiración fatigosa, algo semejante a la respiración de Talbot. El ruido era semejante al de un animal que se deslizase acercándose a ella.

Intentó retroceder, cerrar la puerta para aislarse y tener ocasión de correr hasta el apartamento de Mark. Entonces percibió una débil corriente de aire por la espalda, algo que le indicó que tenía la retirada cortada.

Podía salvar de dos saltos la distancia que la separaba de la puerta del apartamento y huir. El cuerpo que se hallaba tendido estaba inmóvil, seguramente se trataba de un muerto. Y los muertos no podían impedir que una persona viva huyese.

Trataba Norah de darse ánimos y abrió los ojos para asegurarse de que no se trataba de una alucinación y de que tenía la huida libre.

Lo que vio entonces hizo que perdiese las fuerzas hasta el extremo de que se le doblasen las rodillas, cayendo sobre ellas.

Volvió Norah a percibir la respiración fatigosa que era peculiar en Talbot y temió entrar en contacto con él.

Miró de nuevo el cuerpo que se hallaba tendido en el suelo.

—¡Es Talbot! —exclamó con voz ronca, que apenas se oyó.

Se trataba de un Talbot que lucía en el rostro la palidez de la muerte, la rigidez de tal estado en su cuerpo, y con los ojos muy abiertos, fijos, inmóviles detrás de sus relucientes gafas.

Norah quiso huir y no pudo. Volvió la cabeza luego, al escuchar nuevamente el fatigoso respirar.

Se pellizcó para asegurarse de que estaba despierta, de que no había una posible alucinación.

Convencida de ello, abrió la boca para gritar, y entonces sintió que una mano fría se la tapaba, mientras que otra mano, tan fría como la primera, se apoyaba en uno de sus hombros, dispuesta a inmovilizarla si trataba de huir.

Alguien murmuró cerca de su oído, con voz que quiso hacer impersonal:

—Tú lo asesinaste. ¿Por qué te asustas de tu obra?

A pesar de la ficción. Norah reconoció la voz de su marido.

Se debatió, recobrando en parte, no solamente las fuerzas, sino el valor. No habían alucinaciones. Estaba siendo víctima de un macabro espectáculo preparado por su propio marido.

El siguió hablando al comprender por la reacción de Norah, que ella le había reconocido. Dijo:

—Te voy a soltar. Nada de gritos ni de tonterías. Ahora soy yo quien tiene la sartén por el mango...

Hizo el granuja lo que había anunciado y Norah, al verse libre, se puso en pie de un salto.

Y exclamó con mal contenida violencia:

—¡Yo no lo he asesinado! Has sido tú, habrán sido tus secuaces...

—Te equivocas. Fuiste tú. Lo encontramos muerto cuando llegamos, un poco tarde ya. El hombre que te vio entrar en casa de Talbot se confió,

tardó en avisarnos, y cuando llegamos, ya habías desaparecido de allí y el pobre picapleitos este estaba muerto.

—¡Mientes!

Dijo su exclamación con inesperada energía y la acompañó de una bofetada que hizo enrojecer la mejilla del hombre.

Doug reaccionó con violencia y golpeó a su vez, derribando a la rubia.

Se revolvió ella furiosa, se aferró a los tobillos del hombre y tiró, derribándolo.

Una vez en tierra atacó y le clavó las uñas en una de las mejillas, en la que le causó profundos arañazos.

Kellog hubo de realizar un esfuerzo para no gritar.

De estar solo, posiblemente habría sido vencido; pero cuando Norah intentó levantarse para huir, se sintió aferrada por otra mano masculina a la vez que le apoyaban en un costado la boca de fuego de una pistola.

Una voz bronca advirtió:

—¡Cuidado, rubia! Otra tontería y le meto dos píldoras de plomo en el cuerpo.

Recontó la voz de uno de los amigos de su marido, un hombre que la había asediado y que la odiaba porque ella se le había negado e incluso lo había amenazado con decírselo a Douglas.

Este se levantó rápidamente, llegó hasta ella y aprovechando que el otro la sujetaba, le cruzó la cara de dos bofetadas.

Seguidamente dijo, como si no se tratase de su mujer:

—Sí, rubia. Otra tontería y te dormimos para siempre con dos píldoras de plomo...

—No me importaría morir, porque eso significaría tu final en la silla eléctrica.

—¿Lo crees así de verdad? Pues estás equivocada...

El otro habló, diciendo:

—Justo, rubia, está equivocada. No pasaría nada porque tenemos otra de repuesto. Y para los demás no sería Norah Kellog la muerta, sino una alocada joven cuyo nombre no hace al caso ahora, y la cual, en lo sucesivo sería Norah Kellog, una Nora Kellog más juiciosa y leal que la actual. ¿Entendido?

Norah recordó lo que Mark le había referido de su encuentro con la rubia que tanto se le parecía, hasta el punto de que él había llegado a confundirlas.

Aquellos granujas no mentían ni exageraban. Su vida peligraba; y no era eso lo peor, sino que el crimen podía quedar impune.

Nora se dirigió al amigo de su marido, diciéndole con hiriente expresión:

—Una Norah Kellog que acceda a sus repugnantes pretensiones, ¿no es eso, Ricky Reynolds? Me odia porque yo me he negado a usted. ¿No se lo ha dicho a mí marido?

Siguió un silencio penoso.

Reynolds no osó respirar, temeroso de la reacción de Kellog, dispuesto a disparar contra él si no era favorable.

El marido de Norah respondió cínicamente a su mujer:

—Sabía que Ricky te asediaba; pero aparte de que no me importas ni me importabas, yo estaba tranquilo por esa parte. Sabía que le aborrecías y le tenías asco...

—Más asco aún que a ti. ¿No es bastante? —dijo Norah.

—Pues sí, es bastante... Y puesto a elegir entre los dos, a él lo necesito mientras que tú te negaste siempre a ayudarme. Eres mi enemiga, Norah, un verdadero peligro para mí.

Ricky correspondió a las palabras de su amigo con una risita hiriente, harto significativa, y que resultaba humillante para Norah.

Tras otro lapso de silencio, dijo Kellog:

—Bueno, rubia. Todo eso no tiene importancia. Hemos venido aquí para algo...

—Lo supongo. Para asesinarme y sustituirme por la otra. Pues adelante, no vacilen... La silla eléctrica la tienen garantizada, aunque crean lo contrario. Y diré por qué...

—¿Por qué? —preguntó Kellog perplejo.

—Mi sustituta parece que burló a sus guardianes y escapó. Alguien la ayudó a librarse de nuevo cuando dos de vuestros gorilas la habían encontrado... Y a ese alguien no lo podrán engañar...

Kellog y Reynolds se miraron. Sus expresiones reflejaban asombro.

Las cabezas de ambos compinches giraron después hasta encontrarse con la mirada de otro fulano que no había intervenido hasta el momento, y que se había ido acercando al grupo.

Kellog le preguntó:

—¿Qué sabes de eso, Ford?

—No sé nada. He estado ocupado en otras cosas toda la noche, ¿no? Y no puedo estar en dos lugares a la vez.

Ford parecía desconcertado por algo con lo que no había contado y que podía tener graves consecuencias para ellos.

Y añadió:

—Tan pronto terminemos aquí, me ocuparé de eso.

—¡Vaya! Los tres "socios" están reunidos —exclamó Norah despectiva.

—La unión hace la fuerza —respondió Reynolds de mal talante.

Kellog dijo dirigiéndose a su mujer:

—No se trata de matarte. Nos basta con facturarte a Europa y que no vuelvas. Y yo me encargaré de que no puedas volver, porque como vuelvas serás tú quien termine en la silla eléctrica.

Señaló para el cadáver de Talbot y dijo:

—Es lo que se paga por un asesinato en las circunstancias en que tú

has cometido ese, con toda una serie de agravantes...

—¿Os ilustró el propio Talbot sobre cuáles eran esos agravantes, antes de que le mataseis? —preguntó Norah.

—Vamos a terminar de una vez —intervino Reynolds—. Suelte esos documentos que le arrancó a Talbot.

—¿No les informó él de que no se los pude arrancar? Me asusté como una tonta creyendo que le había matado y me largué sin ellos.

—De acuerdo. Pero luego fue de su parte un fulano, a hacerse con ellos. Y ese fulano sí que se los arrancó.

Norah tembló. Sabía que Talbot conocía perfectamente a Mark, y el granuja, para vengarse del ex pugilista, o simplemente para evitar que le matasen, podía haber denunciado que había sido él quien se había llevado los documentos.

Pero la rubia tuvo valor para negar, diciendo:

—No fue nadie de mi parte. Y si fue alguien detrás de mí, habrá sido por su cuenta y razón...

—¡No fastidie, rubia! No intente ganar tiempo porque le va a resultar peor —amenazó Reynolds.

—No hay ningún tiempo a ganar. Es como digo y no me extraña que el fulano fuese enviado por Erikson y Guzik. Ellos no confiaban en Talbot, sabían que este intentaba independizarse...

—¿Por qué no cuentas ahora el del lobo feroz? —preguntó Kellog.

—Son ustedes unos estúpidos. Talbot quería casarse conmigo. A mi lado, y con esos documentos, se sentía seguro. Sospecho que tenía también cosas que comprometían a Erickson y a Guzik.

—¿Qué ese sapo quería casarse contigo? —preguntó Kellog dando muestras de asombro.

—¿Por qué te extraña? Tú eres más repulsivo que él, y sin embargo, me casé contigo.

Reynolds sujetó bien a Norah y pidió a Kellog:

—Regístrala. Se está burlando de nosotros...

Obedeció el marido de la rubia, diciendo al cabo:

—Nada.

—Echa un vistazo al gabinete ese. Se entretuvo ahí bastante...

Kellog y Ford hicieron un concienzudo registro, anunciando al final:

—Nada...

Reynolds comunicó a Norah:

—Está acercándose a un desastroso final, rubia. Y se lo habrá ganado a pulso; será mejor que hable.

—Sé el final que me espera también si hablo, si tuviese algo que decir. Hagan lo que quieran.

Se la veía firme, segura de sí.

—Está bien. Vamos. La llevaremos a dónde está la otra para que se convenza de que no bromeamos. Y allí hablará por las buenas o por las

malas... —dijo Kellog con rudeza.

—Podéis matarme aquí y os ahorraréis una buena molestia...

—Somos nosotros los que debemos decidir. Te mataremos cómo y en donde nos interese. Y habrá una nueva señora Kellog, la cual saldrá para un sanatorio europeo dentro de un par de días. Tu huida de casa justificará plenamente la medida. Y cuando mi esposa regrese, no extrañará a nadie que no recuerde cosas ni personas, y que hasta haya sufrido algunos ligeros cambios. Esas diferencias que existen entre dos personas, por mucho que se parezcan. Y esa chica parece tu hermana gemela, ya la verás. En marcha, amigos —concluyó Kellog.

CAPÍTULO VII

Mark durmió tranquilamente, como el hombre sano que además ha cumplido con su deber en un día de trabajo al que se habían añadido las horas extraordinarias de su acción en favor de la rubia Norah.

Se duchó Mark, se afeitó y se peinó; y a medio vestir aún, luciendo sus jugosos y poderosos músculos, alzó el cierre de la ventana que por pura precaución había dejado echada aquella noche.

Su primera mirada fue para la ventana frontera, la de Norah.

—¡Diablos! Ha debido dormir bien o ha salido... Otros días a estas horas la tiene alzada ya.

Terminó de vestirse sin dejar de atender la ventana que tanto le interesaba; pero el cierre permaneció echado.

Miró la hora. Sentía apetito.

Normalmente otros días había salido ya con su aspiradora y el catálogo de aparatos electrodomésticos.

Naturalmente, antes de lanzarse al trabajo, desayunaba. Y aquella mañana, de manera rutinaria, se dispuso a hacer lo mismo.

Cuando ya tenía en la mano la cartera con los catálogos y propaganda, y una valija en la que llevaba su moderno aspirador, los volvió a dejar, exclamando:

—¡Al diablo el trabajo! No creo que pueda hacer nada a derechas hasta que la vea y llegue al convencimiento de que no le ha sucedido nada.

Antes de salir volvió a mirar para la ventana de Norah. Permanecía cerrada.

Cerró la suya, se aseguró de que no quedaba ninguna fisura por la que se pudiese colar nadie y salió.

Lo primero que hizo fue desayunar.

Después fue a pasear por las inmediaciones de la entrada al edificio en donde Norah tenía su apartamento.

Transcurrió más de media hora sin que viese a la atractiva rubia.

Sus paseos a un lado y otro los aprovechó para enterarse de si la entrada del edificio estaba vigilada, llegando al cabo al convencimiento de que no había nadie apostado en plan de espionaje.

Finalmente compró un periódico y entró en un bar situado en el edificio que hacía frente al de Norah, en la otra acera.

Pidió café que fue bebiendo a pequeños sorbos mientras, sin dejar de vigilar la puerta, echaba un vistazo a las páginas del periódico.

Apenas hacía un par de minutos que había terminado su café cuando su mirada tropezó con una fotografía.

Dio un respingo en la silla. No se trataba de Norah Gibbs, sino de su

doble.

Se había llamado Karen Fulton, tenía veintitrés años y había muerto la noche anterior, de madrugada casi.

Había sido uno de tantos estúpidos accidentes. Ella conducía en estado anormal, se suponía que bajo el efecto de alguna droga, y su automóvil se había despistado, chocando contra un árbol.

El vehículo se había incendiado y ella había perecido envuelta en llamas a pesar de que los conductores de un camión que pasaba por el lugar momentos después de que se produjera el accidente, habían corrido en su auxilio.

La desgraciada joven había quedado irreconocible si bien se la había podido identificar por la documentación que llevaba en un bolso.

A continuación se daban algunos datos sobre la víctima del accidente, la cual había sido elegida en un reciente concurso de belleza, como la rubia más linda y atractiva que se había presentado al mismo.

Karen Fulton, a la que no se le conocía una profesión definida, había estado empleada en los últimos meses en un "night-club" muy conocido del cual se había despedido a raíz de su elección como belleza.

El pequeño y veloz automóvil que conducía cuando había sobrevenido el accidente era de ella y según su padre Kenneth Fulton, se lo había comprado de segunda mano con parte del dinero obtenido como premio del concurso.

No decía más, pero fue suficiente para Mark, quien, al terminar de leer sintió un leve escalofrío, así como una sensación angustiosa, algo indefinible que no habría sabido explicarse.

—Un accidente... —murmuró—. ¿Y por qué un accidente?

Recordó la escena, lo que ella le había dicho y se dijo:

—Nada de accidente. Un asesinato, eso es. Un bárbaro asesinato. Si veo a los dos fulanos que intentaron apresarla, juro que los machacaré, a los dos, hasta que suelten todo lo que sepan...

Estuvo a punto de arrugar el periódico y arrojarlo al suelo, pero se rehízo, lo dobló y lo guardó en uno de sus bolsillos.

—No sé lo que ella habría hecho, pero es una monstruosidad lo que han hecho con ella, una monstruosidad que no debe quedar impune...

Abandonó el bar, y una vez en la calle miró una vez más hacia la puerta del edificio en donde Norah residía.

—El caso es que resultaría totalmente inútil que yo fuese a la policía y le dijese que no ha habido tal accidente, que la han asesinado. Se reirían de mí y de la escena en que tomé parte...

Cruzó la calle y se encaminó a la casa de Norah.

—Después de todo, ¿por qué ha de ser un asesinato?

Es posible también que no la encontrasen, que ella se embriagase más de lo que estaba y que lanzada a una velocidad prohibitiva, su automóvil se despistase...

Entró en el edificio y se dirigió al conserje:

—¿La señorita Norah Gibbs?

El hombre negó con la cabeza y respondió:

—No está...

—Habrá dicho a qué hora estará de vuelta. Estoy citado con ella.

El conserje sonrió con aire de superioridad y respondió:

—Ese cuento está ya muy gastado, amigo. Cuando hay una chica guapa en un sitio, van a él muchos fulanos a los que la guapa está esperando. Uno se lo sabe de memoria...

Mark le interrumpió mostrando indicios de irritación para decir:

—¡No se trata de ningún cuento! Soy vecino y he quedado citado con ella. Otros días a estas horas está abierta su ventana y hoy no lo está. Necesito saber de ella...

Sin pretender asustarlo, en un movimiento involuntario debido a su irritación, el puño derecho de Mark quedó muy cerca de la nariz del conserje, ligeramente por debajo de ella.

El hombre miró más que con respeto, con miedo, el puño de su interlocutor, al cual respondió con voz entrecortada:

—Perdone... Creo que ahora le reconozco. Usted es vendedor de aspiradores y cosas de esas y antes era boxeador y de los buenos.

—Eso mismo...

—Así es diferente.

—De acuerdo. ¿Ha dejado algún recado la señorita Gibbs?

El hombre adoptó un tono misterioso y dijo:

—Ningún recado. Anoche vinieron dos enfermeros y un médico de una de esas clínicas para...

Señaló con el índice de su derecha en la sien, barrenando con él para indicar la clase de clínica de qué se trataba. Y siguió diciendo:

—Yo me había acostado ya, pero me tuve que levantar. Me enseñaron un montón de papeles... Ella se había escapado de la clínica... Ahí fuera tenían una ambulancia y se la llevaron en ella.

—¿Vio usted cuándo se la llevaron?

—Pues no... La cosa estaba clara y yo me volví a mí cama. ¡Eran las tantas! Y uno tiene que madrugar, ¿comprende?

—¿No les acompañaba ningún policía?

—No... La cosa estaba clara. Además, ellos llamarían y ella les abriría.

—¿Recuerda de qué clínica era?

Hizo la pregunta con severa expresión, haciendo palidecer al conserje, que respondió:

—La verdad es que no recuerdo... ¡Estaba casi dormido!

—Pero recordará los rostros de ellos...

—Verá. No había demasiada luz... Mejor aún, estaba casi a oscuras...

—En ese caso, será peor aún, sobre todo va a ser peor para usted cuando tenga que prestar declaración ante la policía por haber dado tantas

facilidades a unos secuestradores.

—¡Secuestradores...!

Lo dijo tartamudeando, dando la sensación de que se iba a desmayar.

—Justo, secuestradores. Haga un esfuerzo y procure recordar, señor conserje. Es un feo asunto este. ¿Comprende?

—Sí, señor...

—Entonces procure hacer un esfuerzo. Y si vuelve a ver a alguno de esos individuos, haga todo cuanto sea necesario para enterarse de quién es, de dónde vive... De lo contrario no le arriendo a usted la ganancia. Volveremos a vernos...

Dio media vuelta disponiéndose a marchar, pero se detuvo para decir:

—¡Ah! Y la señorita Gibbs no tenía nada de...

Dejó la frase en el aire, pero señaló para su sien en un ademán semejante al que anteriormente había hecho el conserje.

Salió a la calle. Respiró hondo el aire cargado de los fuertes olores que dejaban los vehículos que circulaban en aquel momento con profusión.

Crispó los puños y murmuró:

—Se la han llevado mientras yo descansaba confiadamente. Tengo que rescatarla aunque haya de allanar para ello la casa de Kellog y romperle a él la cabeza.

Una idea le hirió en aquel momento y se preguntó:

—¿Rescatarla? ¿Estará viva...?

De manera maquinal echó mano al periódico, miró la fotografía de Karen Fulton y dijo:

—Esta podría pasar por ella. Karen Fulton, una aventurera capaz de prestarse a lo que sea... Una mujer a la que yo mismo confundí con Norah...

Movió la cabeza con apesadumbrada expresión y dijo:

—No es Karen Fulton la que ha muerto, la que ha sufrido ese pretendido accidente... ¡Es Norah y son ellos los que la han matado!

Sintió deseos de matar y de golpear, aunque hubo de contenerlos por fuerza. Exclamó sordamente, para sí:

—Pero si se confirma mi idea, si ella no aparece hoy mismo, juro que los aplastaré, los machacaré, los convertiré en una repugnante papilla con mis propias manos.

Mark pensó que el secuestro de Norah podía ser también cosa de Harry Talbot, pero desechó inmediatamente la idea; se dijo:

—No. Él es capaz de cosas peores que esa, pero no creo que dispusiese de datos ni documentos como los que exhibieron ante el conserje. Tiene que ser cosa de Kellog y su "gang", un Kellog que no tendría paciencia para esperar, que le tendría preparada una sustituta... Esa tal Karen Fulton...

A pesar de ello entró en un teléfono público y llamó al despacho de Talbot.

Tardaron en responderle.
—¿Quién es? —preguntó una voz femenina.
—Deseo hablar con míster Talbot.
—El señor Talbot no está; ¿quién le llama?
—Un viejo conocido...
—Yo soy su secretaria. Si quiere usted decirme a quién debo llamar...
—Le llamaré más tarde...
Había una nota de angustia en la voz de la secretaria, que preguntó:
—¿De verdad es usted su amigo?
—Sí, no lo dude...
—Bien, señor, estoy muy asustada. El señor Talbot no ha dormido anoche en casa y eso no ocurre jamás. Además, cuando he llegado esta mañana, había bastante desorden aquí y hasta huellas de sangre... ¿Qué cree que debo hacer?
—Para mí no hay ninguna duda, señorita. Debe avisar usted inmediatamente a la policía...
—Lo había pensado, señor.
—Hágalo sin tardar. Más tarde volveré a llamar o, si tengo un rato, pasaré por ahí.
Mark se despidió de la secretaria de Talbot y cortó la comunicación.
—Desaparecido... Lo han asesinado también... Y posiblemente andarán como locos tras mis huellas. Pues me encontrarán...

CAPÍTULO VIII

Mark, tan pronto hubo cortado la comunicación con el despacho de Talbot, hizo otra llamada, pero en aquella ocasión su llamada fue a casa de Kellog.

Respondió a su llamada una voz masculina, que preguntó:

—¿Quién es?

—Deseo hablar con el señor Douglas Kellog, personalmente.

—Temo que es imposible. Soy su secretario. Diga lo que sea...

—Ya lo he dicho, quiero hablar personalmente con él. Y añado esto: Si no me pone en comunicación con él, usted durará a su lado muy pocas horas.

El secretario de Kellog tardó en responder. Cuando lo hizo parecía impresionado. Y pidió:

—Dígame al menos de qué se trata. Comprendo que el señor Kellog no puede dejar sus ocupaciones cada vez que le llaman por teléfono. Y mucha gente emplea trucos para hacerle luego peticiones absurdas.

—No se trata de ningún truco. Dígale sencillamente que está al aparato el hombre que posee los documentos que tanto le interesan.

—¿A qué documentos se refiere? —preguntó el secretario.

—Trasládele mis palabras y no intente meter la nariz en lo que no le importa. Él se lo agradecerá.

—Está bien. Aguarde un momento.

Mark percibió el ruido que producía el tubo telefónico al ser dejado sobre una mesita y luego el de los pasos que se fueron alejando hasta perderse.

No había transcurrido medio minuto cuando percibió Mark varios ruidos más y al fin le llegó la voz de Kellog.

Se advertía en ella una leve alteración aunque el hombre intentaba aparentar tranquilidad.

—Kellog al habla. ¿Qué truco se trae y quién es usted? —preguntaron.

—Si fuese truco no se habría puesto usted al aparato, Kellog. Sabe bien que me refiero a los documentos que poseía Barry Talbot.

—Sigo sin saber de qué se trata.

—Y a pesar de ello y de las muchas ocupaciones que pesan sobre un hombre tan importante como usted, continúa al aparato.

—Curiosidad. Me divierten estos enigmas...

—Pues este enigma va a terminar en la silla eléctrica, Kellog...

—Allá usted si desea tener tan mal final —respondió Kellog.

—Usted tranquilo, ¿eh?

—¿Y por qué no?

—Se lo voy a decir. Esos documentos significan de seis a ocho años de prisión y el fin de su “brillante” carrera política.

—¡Vaya...!

—El asesinato de Barry Talbot puede significar ya la silla eléctrica. Pero habrán hecho desaparecer su cadáver y sin el cadáver no puede haber condena...

—Puede proseguir... —respondió Kellog al cual, sin embargo, se le quebró la voz al hablar.

—Pero en el caso que no podrá eludir la silla eléctrica es en el asesinato de su esposa, Douglas Kellog. ¡Ahí sí hay cadáver!

—¿Por qué no busca un siquiatra, amigo? Eso pasa ya de broma, ¿no cree? Mi esposa está perfectamente.

—La que está perfectamente es Karen Fulton. Es su esposa la que murió en lugar de Karen y no fue un accidente, sino un asesinato...

Siguió un lapso de silencio.

Kellog, de manera exaltada, comenzando a perder ya el control de sus nervios, preguntó:

—¿Quién es usted?

—¿Para qué quiere saberlo? ¿Para destacarme a sus asesinos? —preguntó Mark tranquilamente.

—¡Para denunciarle!

—Soy el fulano que les atizó ayer lo suyo a los dos gorilas que intentaron apoderarse de Karen Fulton...

Mark señaló intencionadamente una pausa.

Oyó que el marido de Norah resoplaba. Y Mark siguió, diciendo:

—La publicidad que han hecho del accidente de Karen les ha resultado fatal. Un error que no tiene enmienda posible.

—¿Qué clase de chantaje está intentando?

—El chantaje no es lo mío. Era lo de Talbot, es lo suyo. Sé perfectamente que le hacía chantaje a su propia esposa.

Tras su violenta reacción, la voz de Kellog sonó a cansada cuando dijo:

—Pida lo que sea y terminemos de una vez.

—No hay solución, Kellog. Quiero que acabe usted tostado. No hay dinero bastante para que yo me venda...

Señaló una corta pausa para seguir:

—Se precipitó usted, Kellog. Fue su esposa quien me encargó recobrar los documentos que le comprometían a usted. Ella solo quería devolvérselos y recobrar su libertad, que usted admitiese el divorcio y le devolviese lo que tenía contra ella...

Kellog resopló angustiadamente. Mark calculó que debía estar sudando de angustia. Prosiguió:

—Si no la hubiese hecho asesinar, usted tendría ahora los documentos a cambio de bien poco. Y podría burlarse tranquilamente de Erikson, de

Guzik y de Talbot, su repulsivo intermediario.

—Doscientos mil... —ofreció el granuja.

—Ni dos millones tampoco. Silla eléctrica... Mi gusto sería patearle las tripas; pero quiero que pase por la angustia de un proceso; deseo que sepa lo que es el tormento de las noches interminables aguardando la muerte; y que la vea llegar mientras se acerca a la silla... Y aún con eso no pagará su crimen, y menos aún los tormentos a que ha sometido a su esposa durante estos años.

—Es usted su amigo...

—No soy ni era su amigo en el sentido que usted le da. Y ahora, ya lo sabe, la silla le espera...

Kellog comprendió que no tenía solución. No se trataba de un chantajista y sintió que la ropa comenzaba a humedecerse a causa del frío sudor que afloraba por su piel y que parecía acercarle a la muerte.

Gritó de improviso:

—¡Usted está loco! ¡Es un compañero de sanatorio de ella!

—No se excite. Quien tiene que estar loco es usted, aunque eso no le va a eximir ante el jurado... Pronto va a quedar demostrado que el cadáver que quedó carbonizado en el auto de Karen Fulton no es de la aventurera esa, sino el de Norah Kellog...

—¡Está mintiendo! ¡Es usted un vulgar chantajista!

—Eso quisiera usted, que fuese yo un vulgar chantajista. Con un par de centenares de miles de dólares habría pagado. Y así tendrá que pagar con su vida y no de cualquier manera... Guarde los doscientos mil para sus abogados, aunque no le servirán de nada...

—¡Lo denunciaré! ¡Es usted un chantajista! —gritó Kellog, hinchadas las venas del cuello, congestionado el rostro.

Mark no le respondió. Se limitó a cortar la comunicación.

Kellog, por su parte, miró con estúpida expresión el tubo telefónico. Repiqueteó luego en el sostén del mismo, gritando:

—¡Oiga! ¡Oiga!

Seguro de que no le hacían caso ya, enhorquilló bruscamente el tubo.

Se levantó, dispuesto a salir; pero sintió que fallaba algo dentro de él y se desplomó en su sillón, llevándose ambas manos a la cara.

Al cabo de varios minutos murmuró:

—Hay que encontrar a ese fulano como sea. Hay que encontrarlo y destrozarlo...

Volvió a ponerse en pie y pulsó un timbre a la vez que gritaba:

—¡Jack! ¡Jack Welles!

El secretario de Kellog acudió corriendo, alarmado por las voces de su jefe, voces a las que no estaba habituado.

—¿Qué sucede, señor Kellog? Ese individuo... Tal vez no debí...

—Hizo usted perfectamente en ponerlo en contacto conmigo. Le dije que lo hiciera, ¿no?

—Sí, señor...

—No pare hasta que no localice a los señores Reynolds y Ford. Que vengan inmediatamente.

—Sí, señor...

Salió el secretario. Y Kellog volvió a dejarse caer en su sillón. Apoyó luego los brazos en la mesa, los cruzó y dejó caer la cabeza sobre ellos.

Sentíase dominado por el pánico y pensó que el temor al escándalo y el odio que había tomado a su mujer lo había llevado demasiado lejos.

—Si hubiese sabido esperar... —se dijo recordando las palabras de su desconocido comunicante.

Movió luego la cabeza con ademán negativo y siguió:

—No. Ella me odiaba... Hubiera podido decirme que podía disponer de los documentos y se hubiese arreglado todo... Yo habría accedido a la separación primero, al divorcio después de las elecciones...

Se levantó, paseó agitadamente y se dijo en un arranque de sinceridad:

—¿Para qué mentir? Había que terminar con ella. Estaba dispuesta a destrozar mi carrera...

Llamó a un sirviente, ordenó que le preparasen una ducha tibia y se cambió de ropa después de tomarla.

Aquello le devolvió un mínimo de sosiego.

Al fin llegaron Reynolds y Ford.

Una vez solo con ellos, les dijo:

—Amigos. Estamos en una mala situación. Aunque reconozco que la mía es peor...

—¿Por qué? —preguntó Reynolds.

—Hay un fulano que sospecha la verdad y me lo dijo por teléfono. Me dijo que la muerta no era Karen Fulton, sino mi mujer. Y que la policía lo iba a poder comprobar muy pronto...

—¿Y qué nos importa que sea tu mujer o Karen Fulton? Fue un accidente, ¿no? —expresó el mismo Reynolds.

—Tu mujer se había largado de tu casa hace ya bastantes días. Hay bastantes testigos de que no estaba a tu lado... Sí, se habló de un viaje, pero si es necesario se dice eso, que se largó —señaló Ford.

—Eso comprometería mi popularidad creciente...

—Peor sería que nos cargasen la muerta...

—Lo que temo es que interroguen a Karen, que la aprieten de cuentas y tenga que decir lo que sabe... —manifestó Kellog con visibles muestras de preocupación—. Hay que hacerla desaparecer... No, nada de suprimirla, Que se largue lejos. A Canadá, a México, a Cuba...

Ford torció el gesto e informó:

—Lo malo es que Karen se largó anoche y no la hemos podido encontrar. Aprovechó el jaleo que armó tu mujer y se marchó. Tengo a todos los muchachos buscándola por los lugares que ella frecuenta... Yo mismo apenas si he descansado...

Reynolds miró a su compinche con expresión de asombro y exclamó:

—¡Maldita sea! Esa chica nos está costando mucho dinero y no produce más que trastornos. ¿Está loca o qué? Creo que la voy a machacar si le echo la vista encima...

Kellog, obsesionado por el fantasma de la silla eléctrica que Mark le había presentado, dijo tras sacudir su diestra en el aire, como si aquello pudiese alejar las ideas pesimistas de su mente:

—Dejemos eso de momento. Cuando aparezca se hará lo que yo digo. Hay algo más importante...

—Veamos eso tan importante —pidió Reynolds.

—El fulano que se llevó los documentos de casa de Talbot es el mismo que le zurró a los dos muchachos que encontraron a Karen en esa calle del Greenwich Village...

Ford exclamó interrumpiendo a Kellog:

—¡Maldita sea! ¡Estaba deseando terminar con la búsqueda de Karen para dedicarme a él...!

—¿Sabes quién es? —preguntó Kellog.

—Sam Lester cree que lo reconoció. Se trata de un antiguo pugilista, un fulano que armó bastante alboroto y que se retiró prematuramente... Mark Hudson...

—¿Has dicho Mark Hudson? —preguntó Reynolds.

—Eso he dicho. Sam también fue pugilista, ya lo sabéis, y está convencido de que era él. Asegura que no hay otro capaz de pegar de la manera que zurró el fulano ese.

—Pues a Sam le sirvió de bien poco haber sido pugilista —dijo Kellog de manera insidiosa, en plan de desahogar su mal humor contra quien fuese.

—Un fulano peligroso el tal Hudson —señaló Reynolds—. Oí hablar de él. Cuando se retiró, si hubiese tenido un punto de apoyo, se hubiese cargado el *gang* de Erikson y Guzik; pero estaba solo y prefirió colgar los guantes.

—¿Lo dices para animarme? —preguntó Ford.

—Lo digo porque es así. Un fulano de mucho cuidado —dijo Reynolds de manera rotunda.

—¿Quieres decir con eso que en lugar de enviar a dos de nuestros muchachos habremos de enviarle cuatro? —inquirió el inquieto Ford.

—Preferiría no tener que enviarle ninguno. Hay que pensar en otra cosa —argumentó Reynolds.

—¿Por ejemplo? —preguntó Kellog.

—Podríamos ponemos en contacto con Guzik y Erikson. Hay que decirles que si no se recobran esos documentos, se les retirará la concesión. A fin de cuentas ahora no tienen fuerza alguna contra ti —señaló Reynolds.

—¿Y les damos el nombre de Mark Hudson como el del hombre que

quitó los papeles a Talbot? —inquirió Kellog.

—¡Naturalmente! A estas horas ellos piensan que fue una jugada nuestra.

—No fue una jugada nuestra porque fracasamos. Llegamos un poco tarde.

—El caso es que no fue nuestra —rebatió Reynolds.

—De acuerdo. Pero ahora estamos libres de ellos. Si son Erikson y Guzik quienes recobran los documentos, volveremos a estar en manos de ellos —señaló Kellog.

—Cuando ellos se hayan enfrentado con Hudson y lo hayan destrozado, les saldremos al encuentro. Hudson caerá, pero antes de caer barrerá unos cuantos de ellos y nuestro trabajo entonces resultará fácil —manifestó Reynolds.

Kellog permaneció pensativo, diciendo finalmente:

—Demasiado complicado. Hay que pensar en algo más sencillo.

Kellog, tras su respuesta a Reynolds, dirigió la mirada, con expresión interrogativa, a Ford. Conocía bien a este y estaba seguro de que tenía ya una idea más viable que la de su otro compinche.

Ford se mantuvo silencioso y Kellog le pidió de viva voz:

—Bien, habla tú.

—El tal Hudson no es ningún tonto, ¿verdad? —preguntó Ford.

—Parece que de eso, nada.

—De acuerdo. Entonces debemos pensar que no tendrá los papeles esos en su apartamento.

—Yo, en su lugar, no los tendría —admitió Kellog.

—Debemos pensar también que el fulano es bastante duro. Y aunque se le haga picadillo no dirá dónde los tiene.

—No lo dirá, seguro. Y más, sabiendo que aunque lo diga, no va a salvar la piel.

—Podemos suponer que tendrá los papeles en una consigna, que no habrá confiado en nadie.

—Es una suposición que tiene muchos visos de ser realidad —admitió Kellog.

—En ese caso la cosa es de lo más sencillo. Se le envía un paquete con un explosivo dispuesto para que lo haga saltar al abrir el paquete. Así no arriesgamos a nuestros muchachos...

Siguió un intervalo de silencio, intervalo en el que Reynolds y Kellog miraron a su compinche con asombro y envidia a la vez, lamentando que no se les ocurriera a ellos una solución tan sencilla.

—Una vez el fulano haya volado y la policía haya terminado en su apartamento, iremos nosotros a él, porque es seguro que estará allí el billete de la consigna en donde haya guardado los documentos.

—Es lo más probable... Pero, ¿y si no lo encontramos?

—Dejamos pasar un tiempo y nos interesamos en las consignas por los

paquetes que no hayan sido retirados y que hayan sido puestos en ella tal día como ayer; o como hoy, a más tardar. ¿Creéis que serán muchos?

—No —admitió Kellog.

—¡Pues ya está! Es más; yo apostaría por la consigna de la "Great Central Station". Es importante, la más próxima a la zona por dónde él se desenvuelve y en donde también es fácil pasar inadvertido...

Tras breve lapso de silencio, admitió Reynolds de no muy buena gana:

—En conjunto esa idea tuya es la mejor, puesto que la cosa no va a salir de nosotros tres. Y ninguno ha de dar la cara, que suele resultar lo verdaderamente peligroso.

—Es lo que yo digo —respondió Ford satisfecho—. ¿Por qué ha de intervenir gente extraña cuando nosotros podemos resolver? Los fallos suelen llegar siempre por la gente extraña. Ya veis. Los muchachos dejaron escapar a Karen y fue eso lo que nos trajo toda la complicación.

—¿En dónde diablos se habrá metido ahora? —preguntó Kellog.

—No tengo ni idea. Hemos buscado por todos los lugares que ella solía frecuentar y no ha sido vista en ninguno. Y mientras no apareció la noticia de "su" muerte, se podía preguntar tranquilamente; pero ahora hay que hacerlo con habilidad para que la gente no sospeche...

—No conviene preguntar —dijo Reynolds.

—Se pregunta lo menos posible. Los muchachos vigilan determinados lugares. Ella aparecerá.

—¡Es necesario que esa muchacha se haya vuelto loca! —exclamó Kellog.

—Nunca estuvo demasiado bien de la chimenea —explicó Ford—. Y parece que ella ahora está asustada. Se ha debido oler algo de la verdad.

—Pues que se ande con cuidado —dijo Kellog—. Adviérteselo tan pronto le eches la zarpa encima. Que debe ser hoy mismo...

—Sí... —admitió Ford.

—¿Quién se encarga de enviarle el explosivo a Hudson? —preguntó Kellog.

—Yo... —ofreció Ford—. Ya sabéis que entiendo la cosa. No es el primer regalo de ese tipo que he enviado...

Kellog se sintió considerablemente aliviado.

Repiqueteó el avisador telefónico. Kellog miró el aparato con aprensión, pero en vista de que sus compinches no se decidían a tomarlo, atendió él la llamada.

—¿Sí? —preguntó.

—Aquí, Erikson, Kellog. Pagaréis lo de Talbot. Ojo por ojo y diente por diente...

Quiso explicar que no tenían nada que ver con el asunto, pero de la otra parte cortaron la comunicación. Enhorquilló a su vez y comunicó a sus amigos:

—Erikson. Hay que ponerse en contacto con ellos y que sepan la

verdad. Hay que decirles que se mantendrá la concesión, exactamente lo mismo que si Talbot tuviese los documentos. Tenemos que ganar tiempo hasta que Hudson vuele...

Ford y Reynolds mostraron su conformidad con un simple ademán.

—Hay que hacerles comprender que Talbot estaba actuando por su cuenta y que se disponía a traicionarles. Encárgate tú de eso, Reynolds. Si me necesitas, lo dices...

En tanto, Mark Hudson, después de hacer su llamada fingiendo ser Erikson, salió del teléfono público diciendo para sí:

—Antes de llegar a la silla eléctrica les haré sudar sangre...

CAPÍTULO IX

Había anochecido.

Se disponía Mark a salir de su apartamento, cuando se produjo una llamada telefónica.

—¿“Hallo”? —inquirió.

—¿El señor Mark Hudson? —preguntó una voz de hombre, bastante cascada ya.

—El mismo.

—Soy el conserje de la casa en donde vivía la señorita Norah Gibbs...

—¿Qué hay de nuevo? ¿Acaso ha sabido algo...?

—Verá, señor Hudson. Han traído un paquete con el encargo de entregárselo a usted si venía a preguntar por la señorita Gibbs.

—¿Quién lo ha llevado?

—Un chico de una agencia. El encargo parece que lo llevó allí una señorita rubia... Por lo que me dijo el chico, si no era la misma señorita Gibbs, podía ser su hermana gemela...

—¿Es muy voluminoso el paquete?

—Nada de eso, señor Hudson. Ni es voluminoso ni pesado...

—Voy enseguida. Gracias.

Minutos más tarde el conserje entregaba a Mark un paquete cuya dimensión máxima no rebasaba los quince centímetros.

Instintivamente Mark lo sopesó.

—¡Bien! No tengo idea de lo que pueda ser...

Sonrió el conserje de forma un tanto forzada, queriendo mostrarse simpático y dijo:

—Puede ser una bomba de relojería...

—Pesa poco para eso. Además, ese tipo de bombas cayó en desuso. Ahora están los explosivos plásticos. Son más ligeros...

—¡Ya...!

Señaló el hombre una ligera pausa y dijo aún:

—Por lo que pueda suceder, le agradeceré que no lo abra aquí.

—No pensaba abrirlo aquí...

Sacó Hudson un dólar y lo entregó al conserje:

—Tome, para que se haga un trago...

—Gracias, señor Hudson... Verá, he estado pensando... Creo que si viese a esos tres fulanos que vinieron en busca de la señorita Gibbs, los podría reconocer.

—Gracias. Pues no se lo diga a nadie. Y sobre todo, si llega el momento, no vacile...

—No vacilaré... La señorita Gibbs estuvo aquí muy pocos días, pero yo

la apreciaba de verdad. Y estoy seguro de que, de loca, nada de nada...

—Yo también estoy seguro de ello. Bien, voy a mí apartamento a destapar el paquete...

—Suerte, señor Hudson...

* * *

Mark, manteniendo el paquete en su izquierda, abrió con la derecha, empujando la puerta suavemente.

El ex pugilista no tenía nada de cobarde, pero le mantenía preocupado el paquete, lo que hacía que todas sus facultades estuviesen en tensión, como deseando penetrar en el misterio que podía contener.

Entró, quedando de espaldas a la puerta, la cual empujó con el talón. Y entonces giró ligeramente para entrar en contacto con el conmutador de la luz y encender.

Algo silbó en el aire.

Mark esquivó la cabeza instintivamente. Una porra de goma le rozó una de las orejas y le golpeó en el músculo trapecio correspondiente.

Sintió el ex pugilista un dolor agudo que le inmovilizó un instante.

Se sintió como en el “ring” y reaccionó inmediatamente, también de forma instintiva, con gran capacidad de reflejos.

Había percibido otro zumbido en el aire, y se dobló ligeramente hacia adelante.

La segunda porra le golpeó en la espalda.

Giró entonces, y bien situado de piernas, desplazó en golpe corto su puño derecho.

Conocía perfectamente el lugar en donde se hallaba uno de sus atacantes y le alcanzó de manera precisa en un costado.

El fulano boqueó, produciendo un sonido de angustia.

La lucha, a oscuras, fue tomando duros carices.

Saltó Mark de costado intuyendo un nuevo ataque y esquivó un tercer golpe de porra que le dirigió uno de sus enemigos.

Disparó su izquierda en directo tan pronto logró esquivar, con tal precisión y sentido de la lucha, que alcanzó al otro asaltante en la boca, reventándosela y haciéndolo trastabillar hacia atrás.

En los azares de la pelea el joven había tenido que soltar el paquete para mantener libres las dos manos.

Tras golpear con la izquierda, bien situado ya a pesar de la oscuridad, siguió a su enemigo en el obligado desplazamiento de este y le cruzó un espantoso golpe de derecha a la barbilla.

Osciló la cabeza del fulano, tembló todo él de pies a cabeza y se desplomó como fulminado.

Mark se había movido en todo momento de manera precisa, con absoluta seguridad, como en sus mejores noches de pugilista.

Y mostró nuevamente su efectividad al hacer frente al primero de sus enemigos que se había doblado, pero que al verlo llegar le atacó de nuevo con la porra.

Esquivó saltando ligeramente hacia atrás y de lado, en perfecto movimiento, percibiendo el silbar de la porra de goma que le abanicó las narices.

Y antes de que el granuja se pudiera reponer de su fallo mostró su efectividad, golpeándole con la derecha, apoyando el golpe con todo su cuerpo.

Se produjo un chasquido y el hombre, después de tambalearse, giró un cuarto de vuelta, cayendo fuera de combate después de exhalar un ronquido.

Mark estaba seguro de que los dos hombres estaban fuera de combate y que estaba solo con ellos; y se apresuró a encender la luz.

Les quitó a ambos las respectivas corbatas y les ató las manos a la espalda.

Seguidamente buscó cuerda para terminar de inutilizarlos atándolos por los tobillos.

Sabía que era inútil interrogarlos y acercándose al teléfono marcó el número de la policía de distrito.

—Dos hombres han allanado mi apartamento, pero he logrado dominarlos. Aquí los tengo dormiditos, como dos chicos que no han roto un plato en su vida.

Dio las señas y su nombre. Oyó la orden final del policía que había recibido el recado.

—No se mueva de ahí, ni los toque. Vamos enseguida.

—No necesitan que se les toque ya. Han recibido lo suyo...

Se oyó un bufido a la otra parte del hilo y el ruido de que la comunicación había quedado cortada.

Mark, tras ahorquillar el tubo del micro, giró. Su mirada se posó primero sobre uno y después sobre otro de los dos atacantes. No los conocía a pesar de que uno de ellos ofrecía en el rostro y orejas huellas claras de que había practicado el pugilismo.

Su mirada pasó después al paquete, que se hallaba caído en el suelo. Se agachó a recogerlo y lo contempló una vez más.

—Habré de decidirme a abrirlo. Tal vez habló con Karen Fulton y la convenció para que me comunicase algo... Pero en ese caso, habría bastado una carta, no hubiera sido necesario un paquete.

Depositó el paquete en la mesa. Alargó la mano para romper el hilo que lo sujetaba.

Volvió la indecisión a él y retiró la mano.

Uno de los hombres resopló fuertemente, se movió intentando incorporarse, dándose cuenta entonces de que estaba amarrado.

Miró a Hudson con expresión estúpida. Era el fulano que ofrecía en su

rostro huellas de haber sido pugilista.

—¿Has sido de la profesión, granuja?

—Sí. ¿Me vas a hacer un regalo por eso? —preguntó trabajosamente.

—Has debido ser muy malo, porque no te conozco. Y debías ser de mi peso.

—Justo de tu peso. Tu amigo Tomy Sanders me hizo cisco con una de sus marrullerías. Y luego me tuve que conformar con ser “sparring” de Pendleton...

—¡Vaya! Seguro que estabas entre el grupo de asesinos que ametralló a Tomy Sanders porque no se dejó amedrentar y le ganó a Pendleton.

El otro fulano había vuelto en sí también. Había escuchado la última parte de la conversación y se dirigió a su compinche para decirle:

—¡Estás hablando más de la cuenta! Al fulano no le importa lo que fuiste, ni lo que pudiste ser. Tomy Sanders te ganó porque era mejor que tú. Y le zurró a Pendleton por lo mismo...

Hudson permaneció silencioso unos instantes observando a los dos granujas. Y dijo luego:

—Sois unas sucias ratas de alcantarilla. Os debiera aplastar... Así pues no trabajáis para el *gong* de Kellog, sino para el de Erikson y Guzik.

Señaló una breve pausa y dijo:

—En lugar de colgar los guantes debí haber luchado, haber hecho lo imposible para que os tostaran a todos. Pero en esta ocasión no podréis escapar...

Luego preguntó Mark al que había sido pugilista:

—¿Cómo te llamas?

—Chick Custer...

—Chick Custer... Oí hablar de ti. Me dijeron que tenías buenas condiciones, pero que eras un cobarde. Te faltaba corazón para luchar. Y no se equivocaron. Eres una rata inmunda...

—Si estuviese suelto no te atreverías a decirme eso —replicó Chick.

—Has estado suelto y tenías la ventaja de la sorpresa y de que erais dos contra mí. ¿Y qué?

Llamaron a la puerta ruidosamente; Mark preguntó:

—¿Quién va?

—Policía...

Abrió el ex pugilista, dando paso a un sargento detective y a cuatro policías.

—Adelante. Soy Mark Hudson. Y ahí tienen las dos ratas inmundas que he cazado. Tengan cuidado porque además de las porras de goma, llevan pistola.

Penetraron el sargento y tres policías mientras el cuarto quedó de guardia a la puerta.

Mark se dirigió entonces a Custer, para responder a su desafío, diciéndole:

—Ahora, si el sargento no tiene inconveniente, te soltaremos después de desarmarte y pelearemos...

Los policías miraron a su jefe con expresión que reflejaba ansiedad, aguardando su decisión.

El sargento contempló primero a Mark, luego a Custer y negó con un enérgico movimiento de cabeza, diciendo:

—Lo siento. Me gustaría tanto como al que más; pero no puedo correr ese riesgo. Mataría usted a ese desgraciado, Hudson. Algo que no le conviene a usted ni tampoco a mí...

El sargento cacheó personalmente a los dos *gangsters,* despojándoles de sendas pistolas. Luego hizo que les desligaran las manos y las esposó, librándoles a continuación de las ligaduras que los sujetaban por los tobillos.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó el sargento a Mark.

—Llegué a mí apartamento. Ellos me estaban aguardando porra en mano... Es posible que hayan entrado por una de las ventanas que dan a la escalera de emergencia.

—¿Lo ha comprobado usted?

—No he visto nada ni he querido tocar nada...

A continuación hizo un relato de lo sucedido.

Pasaron a la parte trasera del apartamento, comprobando el policía que el allanamiento había sido efectuado saltando uno de los cierres que daban a la salida de emergencia.

Volvió a los dos granujas, diciéndoles:

—Un feo asunto para vosotros. Habéis forzado la entrada, lo habéis hecho de noche, lleváis armas y habéis atacado por sorpresa al ocupante del apartamento...

—No era cosa de avisarle, sargento —respondió cínicamente Custer.

El policía atacó con rapidez, asestando tal golpe al *gangster* que lo arrojó al suelo aturdido.

Lo hizo levantar luego de un puntapié y dijo en tonillo burlón:

—Nadie ha visto nada. ¿Verdad, Hudson?

—Nada en absoluto, sargento.

—¿A qué habéis venido, granujas?

El compinche de Custer se apresuró a responder:

—Sabíamos que Hudson ahorró bastante pasta cuando boxeaba y se asegura que la guarda en su apartamento...

—No habéis tocado nada...

—Íbamos a empezar a buscar, pero le oímos llegar inesperadamente. Había salido poco antes y creímos que tardaría en volver...

—¿Es cierto, eso? —preguntó el sargento a Mark.

—Que yo había salido hacía poco, sí, es cierto. Que venían en busca de dinero, no me parece cierto...

—¿Qué buscaban? —preguntó el sargento.

—Tal vez a mí; acaso algo que ellos creen en mí poder...

—Estos granujas merecen que se les aplique el tercer grado. Pero lo tenemos prohibido; están más protegidos por las leyes que las personas decentes —aseveró el policía.

—No son las leyes las que los protegen, sargento, sino los abogados sin escrúpulos y los políticos venales; y también la falta de decisión de la gente para hacerles frente...

—Estamos de acuerdo...

—Fíjese en ellos. Están seguros de que no se pudrirán en la cárcel. ¿Sabe por qué, sargento?

—Si usted me lo dice, lo sabré.

—Porque pertenecen al *gang* de James Erikson y Frank Guzik, aquel par de granujas que dominaron la cosa del boxeo, hicieron asesinar a Tomy Sanders y a mí me forzaron a colgar los guantes.

Tanto Custer como su compinche dirigieron a Hudson miradas que implicaban amenaza y odio.

El joven les gritó airadamente:

—¿Qué sucede, granujas? Esta vez no abandonaré la pelea. Y os machacaré. Si es necesario emplearé yo también la pistola y tiraré a la cabeza. Ni Guzik ni Erikson se burlarán de mí, os lo aseguro.

Tras una corta pausa preguntó Mark al sargento:

—¿Sabe ya la clase de granujas que se lleva, sargento?

—Sí, tengo una idea. Y es una verdadera lástima que no les haya machacado usted la cabeza.

—Voy a intentar vencerles dentro del campo que nos ofrece la Ley. Si falla la aplicación de esta, entonces será cuando al granuja que caiga en mis manos lo machacaré sin compasión alguna.

Siguió otro lapso de silencio que rompió el sargento para preguntar:

—¿Qué es lo que ellos piensan que está en su poder y que este par de ratas inmundas venían a buscar?

—Algo con lo que Guzik y Erikson están haciendo chantaje a Douglas Kellog. Naturalmente, si usted le pregunta a Kellog sobre la cuestión, le dirá que no sabe nada...

El sargento no hizo comentario alguno, temiendo decir demasiado delante de los *gangsters*, algo que le pudiese comprometer más tarde, cuando fuese citado como testigo contra ellos.

El policía estaba seguro de que los dos granujas contarían con buenos abogados que les orientarían y que tratarían de que le pusieran en evidencia ante los que tenían la misión de juzgar.

Estrechó la mano de Hudson, despidiéndose de este y marchó con sus acompañantes, llevándose detenidos a los “gangsters”.

Mark había olvidado el paquete que le había entregado el conserje del edificio en donde había residido la rubia Norah.

Pero al quedarse solo el paquete volvía a cobrar actualidad y se dispuso

a desatarlo.

No ignoraba Mark que desde aquel momento el “gang” de Erikson y Guzik se volcaría contra él, tratando de eliminarlo como años antes había hecho con Tomy Sanders.

Tal vez en aquel mismo instante, tan pronto hubiesen visto salir a sus dos compinches entre la policía, se disponían a atacar.

Oyó que se producía un leve ruido por la parte correspondiente a la salida de emergencia y dejó el paquete sobre la mesa, apresurándose a apagar la luz. El ruido se hizo más perceptible.

En aquel momento el joven lamentó no poseer un arma de fuego.

Podía salir, abandonando el apartamento, cerrándolo desde fuera con llave para cortarles luego la retirada con ayuda de la policía. Pero sintió vergüenza y decidió hacer frente personalmente con sus puños a lo que fuese.

Se desplazó en dirección a la ventana cuyo cierre había sido forzado. Lo hizo en silencio, andando sobre las puntas de los pies.

—En esta ocasión la sorpresa es mi aliada, no la de ellos...

Llegó en el momento justo en que una mano levantaba cautelosamente el cierre que había sido forzado anteriormente por los otros granujas.

CAPÍTULO X

Cuando el cierre estuvo levantado el espacio suficiente para dejar paso a un cuerpo humano, se dejó ver en el espacio libre, en un diluido contraluz, una silueta femenina.

Mark, que sin dejarse ver adelantaba ya la mano para aferrar por la muñeca al intruso, la detuvo en el aire.

A pesar de la falta de luz, creyó reconocer a su misteriosa visitante.

Y se estremeció temiendo ser víctima de un espejismo, de una alucinación.

Su visitante era Norah Gibbs.

Se pellizcó las manos para asegurarse de que no estaba soñando y llamó en voz tenue:

—¿Norah...?

—¿Está ahí, Mark? —preguntó a su vez la rubia.

No le cupo ya duda alguna. Era Norah y no Karen Fulton, como llegó a temer en un principio.

—Sí, adelante...

—No encienda la luz. Temo que puedan haberme seguido y no estoy muy segura de haberlos despistado.

Mark tendió ambas manos a Norah para ayudarla a saltar, reteniéndola luego cerca de sí, cuando hubo saltado.

Ambos jóvenes experimentaban viva emoción.

El primero en hablar fue Mark, que dijo con voz ligeramente enronquecida por la emoción:

—Celebro mucho haberme equivocado...

—¿En qué se ha equivocado...?

—No creí en el accidente de Karen Fulton. Pensé en un asesinato; en que había sido usted y no ella la víctima. Y también en que Karen Fulton la sustituiría a usted en su casa...

—No se equivocó, Mark. La víctima elegida era yo... Pero luego sucedió todo al revés de cómo ellos querían...

Se advertía que Norah estaba nerviosa, asustada.

La rubia miró para el cierre de la ventana y dijo:

—Está roto. Lo han hecho saltar adrede, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué ha sucedido?

—Parece que tratan de eliminarme y de hacerse con los documentos que le arranqué a Barry Talbot.

—¿Gente del "gang" de mi marido?

—En esta ocasión, no. Pertenecían al "gang" de Erikson y Guzik.

Tras una breve pausa en que permanecieron unidos por las manos, dijo Mark.

—Yo acusé a su marido de haberla asesinado y se sintió afectado. Lo hice por teléfono...

—Tal como sucedieron las cosas posiblemente él piense que fui yo la víctima. Deben andar buscando a Karen Fulton...

—Veamos eso. El conserje de su casa me explicó que habían ido a buscarle un médico y dos enfermeros, y que se la llevaron en una ambulancia. El supuesto médico explicó que usted se había fugado de una clínica de enfermos mentales...

—El supuesto médico era mi marido y sus acompañantes eran sus dos socios de "gang"... Ricky Reynolds y Alec Ford...

Volvió a mirar la rubia para el cierre saltado y dijo:

—Tengo miedo, Mark, pueden sorprendernos aquí. Eso no se puede cerrar, ¿verdad?

—No. Hasta que lo arreglen. Y eso habrá de ser mañana...

—Vamos por el momento a mí apartamento. Aunque ellos estaban allí cuando llegué yo. Y me sorprendieron. Ignoro aún cómo pudieron abrir y meterse dentro.

—Si no había cerrado con llave, para gente hábil como ellos, no es difícil penetrar...

Mark fue el primero en saltar, oteando a continuación para intentar conocer si había alguien espiando.

No vio a nadie y ayudó a pasar a Norah.

—¿Podremos entrar por la ventana?

—Sí; yo la dejé cerrada, pero ellos la abrieron antes de marchar. Así podrían volver al apartamento sin necesidad de dejarse ver en la entrada principal.

Mark fue delante, deteniéndose antes de entrar para decir a Norah:

—Aguarde aquí fuera hasta que yo venga en su busca. Si sucediese algo anormal no pierda los nervios. Vuelva a mí apartamento, salga por él y pida ayuda a la policía...

—Está bien, lo haré así... Tengo mucho miedo, pero voy aprendiendo a dominarlo...

—Todos tenemos miedo...

Entró Mark en el apartamento de Norah, para salir minutos más tarde, sonriendo a la rubia, a la cual dijo:

—Sin novedad. Adelante...

Una vez dentro Norah, echaron el cierre de la ventana y ella encendió la luz.

—Así no les resultará fácil saber que estamos aquí.

Ofreció un asiento a Mark, al cual preguntó:

—¿Qué le preparo?

—Café. No me gustan las bebidas alcohólicas, aunque bebo alguna

vez...

—A mí sí me gustan; pero he podido prescindir de ellas —dijo la rubia.

Tras asegurar la puerta de entrada para evitar que les pudiesen sorprender por aquella parte, pidió ella:

—¿No me acompaña a hacer el café? No quiero quedarme sola... Y aprovecharé el tiempo para referirle lo sucedido...

Una vez en la reducida cocina y mientras preparaba lo pedido por el ex pugilista, la rubia relató lo sucedido en el apartamento cuando la habían apresado. Al final preguntó Hudson:

—¿Y tuvieron el valor de traer el cadáver de Talbot?

—En una ambulancia. Lo llevaban sujeto hábilmente a la parte baja de la camilla y lo subieron así. Y luego me bajaron a mí, amarrada, en la camilla. Y a Talbot lo mismo que lo habían subido.

—¿Qué pretendían con esa exhibición del cadáver...?

—Asustarme...

—¿A dónde la llevaron?

—Lo ignoro; cuando logré huir iba como loca. Subí a un camión que pude tomar por suerte y que me alejó de la ciudad. Y luego regresé en otro, bien escondida las dos veces...

—¿Qué sucedió allí?

—Me maltrataron bastante...

Norah mostró a Mark varias señales, diciendo a continuación:

—Y aún llevo otras más escondidas...

—¿Por qué no les dijo que era yo el poseedor de lo que deseaban?

—No podía echárselos encima después que me había ayudado. Por otra parte, estaba segura de que usted comprendería y me vengaría. Y necesitaba ganar tiempo para buscar la huida. Tan pronto hubiese hablado, habrían terminado conmigo.

—Eso es cierto... ¿Vio a su doble?

—Sí... Esa chica estaba como loca. La habían golpeado también. Le pude decir algo de lo que sucedía y los insultó... Luego nos separaron...

Tras corto silencio siguió diciendo:

—Se armó un escándalo. Parece que ella escapó o logró engañarlos y se escondió. Yo aproveché entonces y hui. Corrí hasta un pequeño automóvil y llegué a él...

—¿El de ella?

—Sí. Pero antes de poder ponerlo en marcha tuve que esconderme... Entonces llegó ella corriendo. Acababa de salir de su escondite. Creyeron que era yo...

La voz de Norah se iba apagando a medida que avanzaba en su relato. Siguió:

—Ella sí logró poner el automóvil en marcha, pero en el último momento dos de esos granujas lograron subir al coche. Uno de ellos era

Alec Ford. Estaba como loco hasta el punto de que no debió advertir el cambio... Siguieron...

—¿Cree que la mataron?

—Sí, la mataron entonces por lo que pude oír más tarde, cuando regresaron. Yo continuaba escondida... Fue en aquel momento cuando se dieron cuenta exacta de que faltábamos las dos; pero como me daban por muerta organizaron la búsqueda de ella...

—¿Y fue cuando pudo escapar usted?

—Aún tardé bastante... Fueron unas horas de terrible angustia, se lo aseguro...

—La creo y la comprendo...

—Cuando estuve de regreso esta mañana, me enteré de la muerte de Karen. Supe que era ella por la fotografía... Vi un par de gorilas del “gang” y me escondí... Así, hasta que se hizo de noche. Al venir he visto a cuatro más de ellos. Vigilan, preguntan...

Mark exclamó de improviso:

—¡El paquete! Se me ha olvidado en mi apartamento... El que usted me envió, si es que realmente me lo envió...

—No le he enviado ningún paquete, no tenía objeto... Esperaba encontrarlo una vez se hiciera de noche.

—¡Vaya! Así pues, se trata de una broma... Tal vez algo peor que una broma...

Mark refirió a la atractiva rubia cómo había llegado el paquete a sus manos.

Ella repitió cuando el ex pugilista hubo terminado su relato:

—No le envié ningún paquete... ¿Cree que puede ser cosa de mi marido y sus socios?

—Es de suponer.

—No... Es más bien cosa de mi marido... O de Alec Ford. Le creo capaz de sonreír mientras mata a una persona...

Había servido el café a Mark, café que este paladeó, diciendo finalmente:

—Debe ser usted una excelente ama de casa.

—Pude haberlo sido de no haber tropezado con un granuja como Doug...

—Bien, la engañó... Pero considerándolo un error, esos errores tienen arreglo...

—Lo dudo. Ha dejado demasiadas huellas, no ya en mi cuerpo, sino en mi alma...

—El tiempo y los afectos borran tanto las huellas del cuerpo como las del espíritu.

—Habrá de confiarme al tiempo y a los afectos. Pero ahora tendremos que defendemos... Nos van a atacar, Mark... Tal vez los tenemos ya a la otra parte de la puerta...

—He pensado, no ya en defendernos, sino en atacar...

—¿Qué podemos hacer...?

—Al creerla asesinada a usted, los tenía en mis manos. Afortunadamente no ha sido así y ahora no tengo contra ellos lo que les pueda llevar al tostadero...

Tras un momento de reflexión, preguntó Mark:

—¿Qué han hecho del cadáver de Talbot?

—No tengo ni idea...

—Es difícil deshacerse de un cadáver, pero no imposible... Trataremos de encontrarlo. Pero en tanto...

—Está el asesinato de esa chica, de Karen Fulton...

—No podemos probar nada. Los camioneros que casi fueron testigos del supuesto accidente, no vieron a nadie...

—¿Y no puedo denunciarles por mí secuestro? —preguntó Norah—. El secuestro está castigado con la muerte en casos graves...

—No hay secuestro, Norah. Era su marido quien se la llevó...

—¡Puedo acusarlos del asesinato de Talbot! ¡Yo vi el cadáver! ¡Lo palpé casi!

—No sirve. Usted estuvo internada en un sanatorio, la darán por totalmente curada. Pero ellos tendrán médicos que la darán por enferma... Y sería peor...

Norah hubo de admitir con desalentada expresión:

—Es cierto...

La rubia preguntó de improviso:

—¿Y los documentos que le sacó a Talbot?

—No conseguiremos más que el escándalo y una condena de seis a diez años contra su marido, como máximo. Los otros dos quedarán libres. Y no habríamos adelantado gran cosa.

—Tiene razón...

—Por otra parte está lo que él tiene en contra suya. Él le haría todo el daño que pudiese. La pondría en evidencia...

—Es cierto. Por mí no me importa ya gran cosa; pero sí por mí familia...

—¿Se opusieron a su boda?

—Me recomendaron que no me precipitase. Dijeron que yo era una chica inexperta y que convenía saber quién era Douglas, antes de dar tan decisivo paso; pero ya sabe lo que somos a esa edad. Nos creemos cargados de experiencia, pensamos que se oponen a nuestros deseos por envidia... Se trata de mis abuelos y de una tía, hermana de mi padre. No quiero proporcionarles más pesares...

—Debe ser así...

—Y sobre todo, debo evitar el escándalo...

—¿Ellos residen en Nueva York? —preguntó Mark.

—Peor aún. Ellos viven en Philadelphia. ¿Tiene idea de lo que es la

alta sociedad de Philadelphia?

—Sí.

—Entonces no es necesario que le diga más. Y podrá comprender mejor por qué he aguantado hasta ahora, tratando de evitar el escándalo, incluso el pequeño escándalo que para una sociedad como la de Philadelphia, significa el divorcio...

Norah se había ido apagando poco a poco, dando la sensación en aquel momento de que estaba totalmente hundida.

Mark la tomó de ambas manos que ella tenía frías y se las acarició, animándola.

—Vamos, Norah. Debe levantar ese espíritu. Estamos en inmejorables condiciones de lucha, incluso con la ventaja de que él la cree muerta y se sabe culpable.

—Yo también me siento un poco culpable...

—Usted es una víctima...

—Debí haber tenido valor... Pero no. Me abandoné a las drogas, a la bebida...

—Era usted joven, no tenía experiencia... Y temo que estaba sola, muy sola...

—Creo que eso fue lo peor... La soledad, la terrible soledad... No podía acudir a mí familia porque no me hubiesen comprendido... Y no tenía a mí alrededor a nadie en quien poder confiar.

—Bien. Ahora me tiene a mí... Naturalmente, la alta sociedad de Philadelphia no verá con agrado que una de sus damas marche en la lucha apoyándose en un boxeador, en una bestia del “ring”...

—Eso no me preocupa... Usted es un hombre honrado y es lo que vale. Le aseguro que por usted no temería escandalizar a mí familia ni a mis amigos...

—¡Magnífico! Eso quiere decir que tiene usted personalidad, que hay vitalidad en su espíritu... Usted se salvará, Norah. Creo que se salvaría sola, pero con mi ayuda será más fácil...

Habló Mark con gran convencimiento, logrando que Norah comenzase a sentirse segura, no ya por el presente, sino por el futuro.

El ex pugilista dijo aún:

—Creo que con un poco de suerte no solamente destrozaremos a nuestros enemigos, sino que se evitará el escándalo...

—¿Cómo cree que se podrá evitar, Mark?

—No me pregunte aún, porque no lo sé... Es una simple corazonada. Y las corazonadas no me engañaron jamás...

Llegaban a tal punto Norah y Mark, cuando percibieron el ruido de una explosión.

Norah dio un salto, refugiándose en brazos de Mark.

CAPÍTULO XI

Mark mantuvo a Norah entre sus brazos hasta que ella, un tanto avergonzada, se separó.

—Ha sido muy cerca, ¿verdad?

—Tal vez en mi departamento... ¡Vamos a ver!

Fueron hasta la ventana del gabinete, levantaron el cierre con ciertas precauciones y vieron en aquel momento que un hombre llegaba hasta la ventana del apartamento de Mark.

Al llegar a ella se detuvo, intentó salvarla, pero antes de lograrlo cayó, dentro del mismo apartamento, desapareciendo de la vista de Norah y Mark.

Miró Mark en dirección a la escalera de emergencia y descubrió a otro hombre que bajaba velozmente, aún a riesgo de perder pie y estrellarse contra el pavimento de la calle.

—Son "gangsters", ¿verdad? —preguntó Norah asustada.

—Seguramente que sí. Y deben ser también del "gang" de Erikson y Guzik. Los de tu marido no habrían caído puesto que necesariamente han tenido que ser ellos los que me enviaron el "regalito"...

Mark sonrió, volvió a estrechar entre sus brazos a Norah y le dijo:

—Tú, tranquila... Voy a ir a mí apartamento...

—¡Yo iré contigo!

—Debes quedarte aquí. No quiero que te vean... Y no debes tener miedo. Cuando yo salga vas a cerrar bien, y a esperar mi regreso...

Señaló Mark para la gente que había asomado a las ventanas de los diversos apartamentos y miraba en dirección al lugar aproximado en donde la explosión se había producido.

—No puedo salir por aquí. Hay demasiada gente mirando y resultaría comprometedor para ti.

Echó el cierre, asegurándose de que quedaba bien y se dirigió a la puerta.

Antes de salir volvió a abrazar a la rubia, diciendo:

—Puedes estar segura de que me has salvado la vida. Cuando llegaste a mí apartamento, aunque con ciertas prevenciones, me disponía a abrir el paquete...

La besó con apasionamiento.

—Hasta pronto —se despidió.

Tomó el ascensor para descender y se escurrió hábilmente sin ser visto por el conserje.

Dio la vuelta a la manzana y llegó a su casa en el momento en que el conserje salía de su garita.

Miró al joven con expresión que reflejaba asombro y miedo.

Mark sonrió comprensivo y dijo:

—No soy un fantasma, Duke...

—¡Ha sido en su departamento, señor Hudson!

—Eso mismo me ha parecido a mí y por eso me he apresurado a volver...

—¡Creí que le había pillado arriba...!

—Había hecho una salida afortunada poco antes...

—He telefoneado a los apartamentos altos y me han confirmado que ha sido en el suyo. He llamado a la policía...

—Ha hecho bien... Voy a esperarla arriba. Pero no diga a nadie que he vuelto. Si creen que estoy muerto, mucho mejor...

—Sí, señor Hudson... ¿Y la policía...?

—A la policía dígale que les aguardo arriba...

El ascensor llevó a Mark hasta la planta en donde tenía su apartamento.

Formando grupo a la puerta del mismo se hallaban varias jóvenes que vivían en los apartamentos vecinos.

Algunas gritaron al verlo aparecer, corriendo a refugiarse en sus respectivas habitaciones.

Una morena esbelta y ligera de ropa, se apresuró a decirle:

—¡Se han asustado porque creían que estaba usted dentro cuando la explosión!

—Efectivamente, estaba dentro; pero la explosión me lanzó por una ventana... Menos mal que pude aferrarme a algo antes de estrellarme contra el suelo y no me ha pasado nada...

—Usted siempre tiene ganas de broma, campeón...

—Eso pasó, "moracha". Ahora vendo aparatos electrodomésticos. Tengo un aspirador...

—Yo busco marido, campeón. No necesito el aspirador para nada...

—Estoy seguro de que encontrarás un marido y que en lugar de un aspirador te comprará un "Cadillac"...

—El "Cadillac" me lo han ofrecido ya, aunque era de segunda mano. Lo difícil es el marido; que es precisamente lo que una quiere... Pero los hombres están ustedes imposibles...

Se oyó el raído del ascensor que subía nuevamente y la morena, tras hacer un gracioso movimiento con el cual jugó sus atractivas carnosidades, corrió en dirección a su apartamento, acompañada por las compañeras que habían quedado con ella.

Se abrió el ascensor para dar paso al mismo sargento que había ido anteriormente, al cual acompañaban dos de los policías conocidos ya de Mark por su anterior visita.

—¡Adelante, señores! ¿Qué tal, sargento?

—¡Diablos, Hudson! Se ha puesto de moda usted otra vez...

—Parece que han querido darme caza...

El ex pugilista había abierto la puerta de su apartamento, cediendo el paso a los policías. Seguidamente entró él y cerró.

—Debe haber ahí un hombre muerto o gravemente herido...

—El conserje telefoneó diciendo que estaba usted dentro cuando se produjo la explosión.

—Él me había visto entrar, pero no me había visto salir...

—¿Cómo sabe entonces que puede haber ahí un hombre...?

—Yo estaba en un apartamento cuyas ventanas traseras quedan frente a las mías. Y lo vi cuando intentaba salir después de la explosión. Y vi a otro que escapaba corriendo...

Uno de los policías se había adelantado siguiendo un rastro de sangre, descubriendo un hombre caído junto a la ventana.

—Aquí está, sargento... Muerto...

En la pieza se apreciaban a primera vista los efectos de la violenta explosión.

Adelantaron todos hasta llegar al pie de la ventana, en donde se hallaba el caído, dando la impresión a primera vista de que había sido reventado por el potente explosivo.

—¿Qué sabe de esto?

Mark hizo referencia al paquete que había recogido consignado a él.

—Estaba aquí ya cuando ustedes vinieron antes. Tras su marcha, me disponía a abrirlo cuando vino alguien a buscarme. Esa persona me ha salvado la vida...

—¿La misma en cuyo departamento estaba, Hudson? —preguntó el sargento.

—La misma...

—¿Puedo interrogarla?

—Si no lo hace, se lo agradeceré...

—Está bien, Hudson. Confío en usted... ¿Quién le ha enviado el regalito? ¿La gente de Erikson y Guzik?

—No creo, sargento. Más bien creo que el muerto y el que se largó, pertenecen al "gang" de Erikson... Bien, el muerto, pertenecía...

—¿Buscaban lo mismo que los dos fulanos que me llevé antes?

—Es de suponer. Y posiblemente creyeron que estaba en el misterioso paquete ese...

El sargento preguntó seguidamente:

—¿Quién le ha enviado ese "regalito", Hudson?

—No tengo pruebas... Y usted no me va a creer, sargento...

—¿Quién sabe? En nuestra profesión se ven muchas cosas que podrían parecer absurdas...

—Pues se lo voy a decir, sargento; pero guárdeme el secreto... Se trata de Douglas Kellog y sus compañeros de "gang": Ricky Reynolds y Alec Ford.

—Buscan lo mismo que Guzik y Erikson —manifestó el sargento sin mostrar sorpresa alguna.

—Es de suponer. Pero parece que tienen más interés en hacerme desaparecer primero a mí en la confianza de que luego pueden encontrar lo otro con toda tranquilidad.

El policía lamentó:

—Y mientras suceden estas cosas a nuestro alrededor, nosotros estamos punto menos que maniatados, sin poder intervenir...

—Algo parecido a lo que me sucede a mí, sargento. Con la agravante de que es mi piel la que está en peligro.

—Bien, debo reconocer que es así. Y menos mal que hasta ahora va teniendo suerte, aunque su suerte se apoya un poco en la solidez de sus puños.

El sargento llamó por teléfono, pidiendo el envío de una ambulancia y el personal técnico necesario.

Luego se dirigió al ex boxeador:

—Parece que está usted impaciente... Seguramente que le gustaría estar en otro lugar...

—Así es, sargento.

El policía consultó su reloj, diciendo:

—No hay inconveniente por mí parte en que se marche, siempre que esté de vuelta dentro de unos veinte minutos.

—Gracias, sargento. Considérese en su casa y no se preocupe por lo que pueda revolver, poco más o menos —añadió Hudson, sonriendo significativamente.

⋆ ⋆ ⋆

Norah se apresuró a abrir a Mark tan pronto se cercioró de que era este el que llamaba.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó mostrando ansiedad.

—Lo que había supuesto. Ha sido el misterioso paquete...

—Te has metido en un feo asunto, muchacho —dijo Norah.

—Algo semejante fue lo que me dijo Karen cuando la libré de los gorilas. Y es ella la que está ahora en el depósito de cadáveres. Yo tengo la piel dura, Norah... Pero debo cuidar de ti...

Volvió a abrazarla y seguidamente fue hasta el teléfono, en el cual marcó un número tras consultar la guía telefónica.

Le respondió un fulano de bronca voz, el cual preguntó:

—¿Qué hay?

—Quiero hablar con el "mandamás". Dile que es de parte de Mark Hudson...

—Has marcado el número cambiado, muchacho. Llama a otra puerta —respondió el de la voz bronca, dando más bien la impresión del croar de

una rana que el de un ser humano hablando.

—Piensa que te estás equivocando, "Rana". Y a Erikson no le va a hacer ninguna gracia...

El "Rana" croó a la otra parte del hilo, haciéndolo con expresión amenazadora:

—¡Maldita sea, Hudson! Si te pongo la mano encima lo vas a lamentar.

—Lo tuyo son los insectos, batracio. Yo resulto un bocado muy fuerte para ti y te atragantarías... Avisa al "mandamás" y cierra el buzón.

Se oyó una voz menos áspera que la del "Rana" y la respuesta que este daba al que había hablado.

Instantes después era el propio Erikson quien se ponía al aparato.

—Aquí, Erikson. ¿Qué sucede?

—Aquí Hudson... Creo que ha perdido usted la cabeza y se la voy a tener que machacar...

—Demasiada lengua, ¿no?

—Si no ha llegado aún ahí uno de los fulanos que me ha enviado, no tardará en llegar. El otro se quedó en mi apartamento... Fue el resultado de una broma que quiso gastarme Kellog...

—No entiendo —respondió Erikson.

—Pues procure abrir bien los oídos... A Talbot lo liquidaron Kellog, Reynolds y Ford, personalmente. No tengo ni idea de lo que han podido hacer con el fiambre, pero me gustaría que apareciese...

—No me importa nada de eso...

—Sí le importa, Erikson. Talbot era de los suyos y confiaba en usted. En cuanto a lo que usted busca, no lo encontrará y va a ser mejor que me deje tranquilo de una vez...

Erikson no respondió de momento. Parecía meditar. Al fin dijo:

—Escuche, muchacho. Vamos a olvidar cosas que pasaron ya hace bastante tiempo...

En aquella ocasión fue Mark quien no respondió, manteniéndose a la expectativa. Erikson siguió, diciendo:

—Le doy cien mil pavos por lo que usted le arrancó a Talbot. Y yo olvidaré lo que pudo suceder entre Talbot y usted. A fin de cuentas Talbot me traicionó...

—No quiero cien mil dólares, Erikson, no los necesito. Y lo otro sí me interesa...

—Doscientos mil...

—No me preocupa la pasta...

—Sé que no le sobra, muchacho. Usted es joven, hay chicas estupendas por ahí...

—¿De verdad, Erikson? No me había dado cuenta... No hay arreglo en esa cuestión. Y quede claro que dejé a Talbot vivo. Él era flojo y bastó que lo zarandease...

—No me interesa lo de Talbot, sino lo otro...

—Pues no hay nada a hacer con lo otro y déjeme en paz. Le va la cabeza.

No aguardó la respuesta de Erikson, cortando la comunicación.

Guiñó significativamente un ojo a Norah. No estaba satisfecho del resultado de su llamada y comunicó a la rubia:

—No he tenido suerte. Trataba de enzarzarlo con Kellog, pero he fracasado. Este fulano continuará buscándome, cada vez con más saña...

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Norah con expresión angustiada.

—Té voy a sacar de esta podrida ciudad. Te llevaré a dónde no puedan encontrarte. Y volveré a destrozarlos...

—No me iré si no es contigo —respondió Norah.

—Ya te dije que te acompañaré...

—No te dejaré solo...

—Piensa en tu familia... No quiero que tu nombre aparezca en los periódicos, mezclado con esa hez que forman Erikson y su “gang”, Douglas Kellog y sus compinches...

—Soy su mujer. Me mezclarán de todas maneras...

—Pero si estás lejos, se acordarán menos. Y en lo primero que se fijarán será precisamente en eso, en que lo habías dejado... La servidumbre de tu casa lo confirmará...

—Intentas alejarme del peligro, Mark.

—Es mi obligación, ¿no? Alejarte del peligro y de las habladurías...

—Mark, vámonos los dos. Douglas me cree muerta y puedo estar tranquila por esa parte. Es a lo que yo aspiraba. Tú puedes abrirte camino en donde sea...

—¿Y vamos a dejar impune el crimen que han cometido? Es a ti a quién quisieron matar... Y está Talbot, un granuja, es cierto; pero lo asesinaron de mala manera...

—Tienes razón. Pero tengo miedo. Que se encargue la policía de ellos.

—La policía no tiene elementos para meterse con ellos, Norah...

—Podemos enviar a la policía esos documentos y un informe con todo lo que sabemos. Y que sea ella la que busque las pruebas. No podemos hacer otra cosa, Mark.

Lo miró con expresión implorante.

—Está bien, lo pensaré. Decidiré esta noche y mañana actuaremos con arreglo a la decisión que tomemos. Ahora me tengo que ir a mí apartamento. Volveré a recogerte dentro de media hora; debes tenerlo preparado todo para irnos. No puedes pasar la noche aquí...

—¿Y dónde vamos a ir?

—A un hotel. No temas, cada uno tendrá su habitación hasta que logres el divorcio...

La palabra “divorcio” volvía a poner a flote el nombre de Kellog. Y fue Mark quien dijo:

—¿Lo ves? Si quieres ser libre no podemos huir. Hay que tratar con él lo que se refiere al divorcio...

—Puedo pedirlo cuando esté encerrado...

—Quedarán los otros dos. Recuerda que lo estudiamos antes ya...

—¿Quieres decir que no tenemos escape...? —preguntó Norah asustada.

—No tenemos más salida que luchar hasta destrozarlos... Hasta dentro de media hora, querida.

CAPÍTULO XII

Douglas Kellog y sus dos compinches penetraron en un fastuoso edificio de la Trinity Place en donde se hallaban situadas las oficinas de la "Construcction's Harrison Company".

Subieron en ascensor hasta la séptima planta del edificio y una vez en ella fue Ford quien se adelantó a llamar a la puerta.

Kellog, aunque intentaba disimularlo, estaba impresionado. A pesar de que había concertado la entrevista con Erikson y Guzik no ignoraba que estos eran de los que no vacilarían en asesinarlo si así convenía a sus intereses. Y se iba a meter en la guarida de los "gangsters" pues fuera de las horas de oficina aquello era precisamente eso: una auténtica guarida.

Tras la llamada, transcurrió un lapso bastante prolongado de tiempo sin que se advirtiese movimiento alguno en las oficinas.

Al fin advirtieron que se descorría una mirilla tras la que brillaron un par de ojos de viva y cruel expresión.

Fue cerrada la mirilla, se abrió la puerta y aparecieron en ella dos hombres. Uno de ellos era el prototipo del guardaespaldas mientras que el otro, un joven que andaría por los treinta y dos años, tenía un aspecto agradable, distinguido.

Simuló sorpresa al ver a los recién llegados y exclamó:

—¡Diablos! Son nuestros buenos amigos Douglas Kellog, Ricky Reynolds y Alec Ford. No se queden ahí, adelante...

Se cambiaron saludos entre los recién llegados y el joven de aspecto distinguido, mientras que el guardaespaldas cerraba la puerta y quedaba de guardia detrás de ella.

Kellog hizo la presentación entre Ford y el joven que los había recibido:

—¿No conocías a Lester Harrison, Ford?

—No tenía el gusto...

—Pues ya lo tienes. Un ingeniero y arquitecto de verdadero mérito, un gran porvenir por delante, director de "Construction's Harrison Company", de la cual es el alma.

—Nos convienen amigos como Harrison, ¿eh, Kellog? —preguntó Ford guiñando un ojo.

—Justo...

—Nosotros hacemos política y él a construir todo lo que caiga en nuestras manos...

—Son ustedes muy generosos y amables —respondió Harrison con leve ironía—. ¿Quieren acompañarme?

Llegaron hasta una puerta que se hallaba cerrada. La abrió Harrison y

cedió luego el paso a sus visitantes, entrando a continuación de ellos.

Seguidamente, cerró.

Se hallaban en una vasta sala de conferencias, con una larga mesa al centro, rodeada de cómodas sillas.

En la cabecera de la mesa, cómodamente sentados, se hallaban dos hombres. Eran James Erikson y Frank Guzik.

Kellog y sus compinches avanzaron con naturalidad, sin dejarse impresionar por las miradas de los dos “gangsters” rivales.

Se detuvieron cerca de ellos y Kellog saludó.

—Buenas tardes. Hacía tiempo que no nos veíamos, muchachos.

—Bastante tiempo —respondió Erikson escuetamente.

Guzik permaneció silencioso, limitándose a mover ligeramente su cabeza, exageradamente grande para su delgado cuerpo y que apenas cubría el metro sesenta y cinco de estatura.

Sin embargo poseía una fuerte personalidad, tanta como el propio Erikson, de estatura superior al metro noventa centímetros con unos ciento diez kilos de peso.

Erikson frisaba en los cincuenta años, mientras que Guzik apenas había cumplido los cuarenta. Pero su carrera había sido considerada como meteórica, servida por su inteligencia, su crueldad y la fidelidad inquebrantable que había mostrado a Erikson desde los primeros momentos de su alianza.

Kellog era el hombre que se había considerado siempre superior a los dos “gangsters” y se mostró desenvuelto al no serles ofrecidos asientos por los otros.

Se dirigió a sus amigos:

—Sentaos, muchachos. Estamos como en nuestra propia casa.

Harrison había pasado al otro lado de la mesa y tomó asiento frente a Kellog.

Erikson fue el primero en hablar, diciendo con dura expresión:

—Merecéis que hagamos con vosotros lo que habéis hecho con Talbot.

Kellog se mostró tranquilo al responder:

—Sigues teniendo dura la cabeza, Erikson. Y menos mal que tienes ahí a Guzik que piensa por ti. De lo contrario no hubieses llegado lejos... Lo de Talbot fue cosa de Hudson.

—Hudson dice que es cosa vuestra. Y él no miente...

—Hudson trata de enfrentarnos para que nos destruyamos. Es la única probabilidad que tiene de ganar —replicó Kellog.

—Yo sigo con la mía. Debiera haceros machacar —dijo Erikson.

—No te resultaría difícil. Pero tú no quedarías mejor que nosotros porque esto volaría con todos dentro antes de que pudieseis salir —respondió Kellog.

—Parece que es el arma favorita ahora. No hace mucho ha volado uno de mis muchachos y la cosa estaba preparada por vosotros.

—Le sucedió poco por meter la nariz en lo que no le importaba —replicó Kellog prontamente.

—Comprenderás que me interesa recobrar lo que Hudson le arrancó a Talbot —se apresuró a decir Erikson.

—¿Tienes claro ya que lo de Talbot no fue cosa nuestra? —preguntó Kellog.

—Fue cosa vuestra. Y lo matasteis estúpidamente, cuando su muerte no podía resolveros nada. Y eso que presumes de listo, Kellog —intervino fríamente Guzik.

—Era un maldito chantajista que jugaba a dos paños y se preparaba a darte la puñalada por la espalda, Erikson —informó Kellog.

—Y tú lo liquidaste para salvarme la vida. Gracias, Kellog. Ignoraba que me apreciases tanto —ironizó Erikson.

—Tanto que si reventases, cada año haría llevar flores a tu tumba... Pero vamos a lo que importa...

—¿Qué es lo que importa?

—Lo que tenía Talbot y que debiera haber estado en vuestro poder. Entonces Hudson no se hubiese podido apoderar de ello... —dijo Kellog.

—Ni vosotros tampoco. Bien que lo intentasteis —se apresuró a replicar Guzik.

—Bien, lo tiene Hudson y mientras lo tenga él no hay negocio posible.

—¿Por qué? La concesión está hecha ya a nombre de la "Construction's Harrison Company" —señaló Erikson con ironía.

—¿Y qué? Tan pronto cayese yo; la adjudicación de la obra y la concesión de terrenos, sería revocada. Hay mucha gente que lo está deseando, que esperan que se produzca un fallo mínimo para echarse sobre nosotros. Y en manos de Hudson está provocar ese fallo.

—¿Y vienes a que seamos nosotros quienes lo eliminemos?

—Justo. Estáis en mejores condiciones que nosotros —replicó Kellog.

—¿Basta con que lo eliminemos? —preguntó Guzik.

—Lo elimináis y recobráis los papeles que él le arrancó a Talbot.

La mirada de Erikson reflejó un sentimiento de suspicacia que vivía dentro del "gangster", el cual dijo:

—Te has vuelto muy generoso. No puedo creer que des facilidades para que te tengamos en nuestras manos.

—Tan pronto empecéis a trabajar, os tendré yo a vosotros en las mías —manifestó Kellog con desparpajo.

—Explica eso, Kellog.

—Es muy sencillo. Vosotros vais a trabajar con trampa. Y es la gente de mi grupo la que tiene que decidir si el trabajo que presentáis está de acuerdo con lo que se pide y se paga. Si trabajáis bien ganaréis dinero, pero poco. Tal como trabajáis vosotros ganaréis millones... Si nosotros decimos que está bien, naturalmente.

Hizo una pausa. Erikson pidió:

—Sigue.
—No es que pretenda meterme en vuestra forma de trabajar, puesto que nosotros vamos a aprobar... Y a cobrar nuestra parte...
—¿Vuestra parte...?
—Seguro. Un diez por ciento del importe de cada adjudicación...
Erikson se volvió a Guzik y a Harrison, para decir:
—El fulano no está bien de la cabeza. No sabe lo que dice.
—Sé bien lo que digo. Y si pensabas que me iba a arrugar porque Talbot tenía esos documentos, estás equivocado. Había decidido ya que podemos hacer grandes negocios juntos y que me llevaría mi parte...
—Pero fuiste a apoderarte de esos papeles...
—No estaban seguros en manos de Talbot y no podía correr el riesgo ni por mí ni por vosotros.
Se puso Kellog en pie y preguntó:
—¿Hace? El diez por ciento. Y os vais a encargar de eliminar a Hudson.
—¿Y si no hace?
—Vendrá la revocación. Y formaremos nuestra propia constructora...
—¿Y los documentos? —preguntó Erikson con sorna.
—Los recobraría, no te preocupes.
—¿Y por qué no los recobras ahora?
—Porque tendrás que ser tú quien los recobre si quieres que haya acuerdo. Se perdieron por vuestra culpa, por confiar demasiado en un indeseable como Talbot.
—Fue él quien los consiguió.
—Pues debisteis haceros enseguida con ellos y ahora estaría todo arreglado ya.
Siguió un lapso de silencio; Erikson se puso también en pie y respondió:
—Está bien. Nos encargaremos de Hudson. En realidad, tenía una cuenta pendiente con él hace tiempo. Es un chico que nunca me cayó bien... Y hoy se ha atrevido a amenazarme...
—Adelante, Erikson. Tan pronto caiga Hudson, puede pasar Harrison por mí despacho para poner todo en orden oficialmente...
—No te preocupes por Hudson. Lo tengo localizado. Anda jugando al escondite con una rubia estupenda según me han dicho mis muchachos...
Kellog disimuló la impresión que le causaron las últimas palabras del que había sido su rival y se despidió, haciendo lo propio Reynolds y Ford, que habían sido meros testigos del acuerdo.
Una vez salieron los tres visitantes, dijo Erikson a Guzik, que había quedado con él:
—Deja que liquidemos a Hudson y recobremos los documentos y entonces tendrá que pasar por dónde queramos. O será él quien quede en la cuneta.

Kellog, una vez en la calle, dijo a sus compinches:

—Ahora solamente nos queda el vigilarlos. Uno u otro nos llevará hasta dónde está Hudson. Y Hudson le romperá la cabeza a quién sea aunque él quedará destrozado. Entonces entraremos nosotros con nuestras manos limpias y nos llevaremos lo que nos interesa.

El realista Ford, opinó:

—Hudson tiene tantas probabilidades contra estos como una mosca contra una araña...

Kellog sonrió con expresión de astucia y dijo:

—Avisaremos a Hudson y así las fuerzas estarán niveladas.

—¡Pero ignoramos en dónde está!

—Ellos nos lo señalarán. Y si la rubia se salva, ya la arreglaremos nosotros... Porque esa es Karen, que se ha reunido con él. Ahora comprendo por qué sabía que Norah había caído... Karen se lo ha chivado todo. No se puede trabajar con mujeres...

—Las mujeres no sirven más que para divertirnos un poco y despilfarrar el dinero que nosotros ganamos con el sudor de nuestra frente —dijo con filosófica resignación Alec Ford.

CAPÍTULO XIII

Hudson se había acostado a medio vestir, dispuesto a saltar a la menor señal de alarma.

La salida de emergencia de su habitación, lo mismo que la de la pieza que ocupaba Norah, habían sido bien aseguradas por dentro y aún se había instalado en cada una de ellas un aparato de alarma.

El timbre del teléfono despertó a Hudson.

Tomó el tubo del micro y preguntó:

—¿Qué hay?

Le respondió la voz del empleado que hacía el turno de noche, el cual le dijo desde la centralilla:

—Perdone que le despierte, señor Hudson, pero han insistido en que se trata de un asunto de vida o muerte.

—Está bien. Pase la comunicación...

Mark aprovechó para saltar de la cama y encajar los zapatos a sus pies.

A través del hilo telefónico llegó a Mark la voz de alguien que se esforzaba en no ser reconocido y que preguntó:

—¿Mark Hudson?

—El mismo al habla...

—La gente de Erikson le ha localizado ya. Y también a la rubia. No tardarán en llegar ahí y van dispuestos a todo...

En una de las inflexiones de la voz captó Mark algo que le resultó conocido y respondió:

—Gracias por el aviso, Kellog. Usted sabe bien que no le conviene que yo desaparezca, aunque sea la gente de Erikson la que me tumbe. Porque tan pronto me suceda algo, ciertos papeles saldrán a la luz... Yo he sido más precavido que Talbot...

—Huele usted a cadáver que apesta, Hudson. Es malo ponerse en mi camino.

—No sucederá lo que usted imagina, Kellog. Por cierto, la policía tiene ya un informe sobre la supuesta muerte de Karen Fulton. A estas horas saben ya que no se trata de ella... Y sospechan que puede ser su esposa, Kellog...

El granuja resopló fuertemente. Antes de que respondiese, siguió Mark implacable:

—También tiene la policía un informe sobre el "regalito" que me dedicó su "gang", Kellog, y del cual fue víctima uno de los hombres de Erikson. En estos momentos estarán haciendo un repaso a su pasado, Kellog. Y también al de Reynolds y el de ese buenazo de Alec Ford. La policía sabe ya que fue él quien provocó el accidente que costó la vida a su

mujer, Kellog...

Dichas tales palabras, enhorquilló el aparato y se dispuso a actuar, temeroso de que la idea de Kellog fuese entretenerlo para dar tiempo a los agresores a situarse.

—Esto no me gusta nada —se dijo.

Se aseguró bien los pantalones, se puso un jersey y se dispuso a salir para adelantarse a la acción de sus posibles enemigos.

Le pareció que en aquel momento se producía un ruido sospechoso en el departamento de al lado y golpeó fuertemente en la pared, para poner a Norah sobre aviso.

Instantes después, cuando ya él estaba cerca de la puerta de su habitación, Norah gritó fuertemente, pidiendo socorro.

—¡Han fallado las alarmas! —exclamó excitado.

Se dispuso a abrir de golpe para correr en auxilio de Nora, pero el instinto le hizo detenerse en seco.

Pasó entonces al otro lado de la puerta y abrió de golpe, pero manteniéndose cubierto.

Intuyó las formas de los que le aguardaban dispuestos a terminar con él. Habían hecho gritar a Norah para que le sirviese como cebo y poderlo cazar alevosamente.

Se había agachado Mark al abrir y tan pronto practicado el hueco, tomó impulso y saltó como una pantera.

Crepitaron las pistolas ametralladoras de dos “gangsters” situados frente a la puerta y los proyectiles mosconearon ligeramente por encima de Mark que se hallaba en pleno salto.

El final del salto fue el violento choque contra uno de los “gangsters”, al cual derribó al suelo de manera violenta, despojándole del arma.

Advirtió Mark que el otro se revolvía dispuesto a tirar contra él enmendando el fallo primero y dio una rápida voltereta esquivando la segunda rociada hasta quedar en posición de tiro a su vez.

Tiró seguro de acertar.

Y el “gangster” recibió la ráfaga de plomo a la altura del estómago, experimentando una sacudida a cada balazo, hasta que al fin dejó caer el arma que de tan poco le había servido.

Gritó el otro pidiendo ayuda a sus compinches a la vez que trataba de parapetarse tras un mueble.

Mark volvió a tirar, sin compasión por aquellas inmundas ratas.

Y el hombre, tras otro grito horroroso, se desplomó muerto.

A un extremo del pasillo, cubriendo el acceso para evitar que Mark pudiese recibir ayuda, había quedado un hombre, el cual se dispuso a tirar contra el pugilista al advertir que este se imponía a sus enemigos.

A pesar de que la luz era tenue, del tiempo que hacía que no lo veía, Mark lo reconoció inmediatamente. Se trataba de James Erikson en persona.

El ex pugilista tiró a la desesperada, sabiendo lo que podía significar un retraso de una décima de segundo.

Erikson, alcanzado de lleno por la ráfaga fue lanzado hacia atrás por la contundencia de los disparos, en el momento en que pulsaba el disparador de su arma, y la ráfaga de proyectiles se clavó en el techo.

Cayó Erikson perdiendo el arma en la caída, pero intentó recobrarla y Mark volvió a disparar hasta inmovilizarlo, diciendo:

—¡Estas por Tomy Sanders!

Una vez hubo terminado con Erikson se lanzó contra la puerta de la habitación de Norah, la cual se abrió fácilmente, pues no estaba más que entornada.

Norah, de pie, a medio vestir, se debatía, luchando con un hombre que intentaba dominarla.

A pesar de lo escaso de la luz, Mark reconoció en el hombre a Frank Guzik, el cual miró a la puerta confiando ver entrar por ella a uno de sus amigos.

Reconoció a Mark también y bufó de ira. E inmediatamente lanzó a Norah violentamente contra el joven para ganar el tiempo que necesitaba para desenfundar su pistola.

Mark tuvo suficiente presencia de ánimo y en lugar de recoger a Norah la desvió en dirección al lecho, contra el cual cayó la rubia con bastante violencia.

Intentó disparar el ex pugilista contra Guzik, pero la aguja del percutor dio en vacío. Se habían agotado los cartuchos del arma.

Guzik, que había echado mano a la axila izquierda para desenfundar su pistola, sonrió con torva expresión al comprender lo que sucedía.

Pero Mark no se daba por vencido fácilmente y arrojó el arma con terrible fuerza contra el “gangster”.

Intentó esquivarla este agachándose, pero no fue lo suficientemente rápido y el arma le dio en la cabeza, produciéndole un considerable boquete por el que sangró abundantemente a la vez que caía.

Y aún no había caído totalmente cuando ya Mark le golpeaba con un fuerte puntapié en la cara.

Gritó Norah, que dijo:

—¡Lo has matado! ¡Le has roto la cabeza!

—Eso le librará de una suerte peor. Estas alimañas no merecen nada mejor.

Se agachó Mark ligeramente y pudo comprobar que Norah no había exagerado. La brecha que había abierto en la cabeza a Guzik era terrible y además, al caer, el hombre había recibido un golpe en la nuca contra el borde de un mueble, golpe que había terminado con él.

En la puerta de la habitación se oyó entonces una voz burlona:

—Certera frase, Mark Hudson... ¡No se mueva! Está bien así...

Norah y Mark reconocieron a Kellog, el cual empuñaba en la diestra

una pistola con la cual encañonaba al joven.

Kellog siguió diciendo:

—Estaba seguro de que la gente de Erikson no podría con usted, pero en cambio, abriría brecha a mí intervención...

Mark comprendió que el marido de Nora se disponía a disparar.

Norah se movió, atrayendo la atención de Kellog, el cual la reconoció y no pudo reprimir un gesto de asombro:

—¡Norah! ¿Así pues...?

No tuvo ocasión de terminar de formular su pregunta. Mark saltó arrojándose a los pies de Kellog el cual, sorprendido por la maniobra del ex pugilista, falló su disparo.

Kellog se dio cuenta de que iba a fallar en el momento en que apretaba el gatillo e intentó corregir puntería.

Pero se vio desplazado por el aire de manera violenta, perdiendo el arma en el encuentro.

Ambos hombres se pusieron en pie rápidamente pero la ventaja estaba ya de parte de Mark, cuyo puño derecho entró en violento contacto con Kellog, el cual giró como una peonza.

Mark, ciego de ira, le persiguió, asestándole un zurdazo a la altura del hígado.

Boqueó Kellog, que se dobló ligeramente hacia adelante.

La derecha del ex pugilista volvió a entrar en acción con demoledora eficacia, alcanzando a Kellog con un potente golpe.

El "gangster" salió proyectado hacia atrás con violencia, chocó contra la parte baja de la ventana y salió volteado hacia afuera.

Se oyó un alarido horroroso, el chocar sucesivo de su cuerpo y al fin el ruido sordo que indicaba que se había estrellado contra el pavimento.

Mark no se detuvo por ello. Estaba seguro de que el marido de Norah no habría ido solo y saltó para hacerse con la pistola que había tenido que soltar Kellog.

La empuñó en el momento en que Reynolds y Ford, que habían quedado situados para cubrir la retirada a Kellog, llegaban a la puerta atraídos por el horrísono grito del que había sido su jefe.

El ex pugilista no vaciló un momento y tiró, adelantándose a Reynolds que marchaba delante, el cual, desplazado hacia atrás por los impactos, chocó contra Ford que le seguía.

Maldito este, que intentó desembarazarse del cuerpo de su amigo que le estorbaba para tirar.

Pero la pistola de Mark volvió a escupir certeramente su mensaje de muerte, alcanzando al "gangster" que cayó casi al mismo tiempo que Reynolds.

Siguió un lapso de tenso silencio.

Norah hipó asustada, diciendo luego:

—¡Los has matado!

—Afortunadamente. Ellos no venían a invitarnos a un baile, rubia...

—Hemos querido eludir el escándalo y...

—No habrá escándalo, rubia. Somos los supervivientes y podemos adobar lo sucedido a nuestro gusto...

Se oyó el ruido del ascensor que subía.

Mark dijo rápidamente a Norah.

—¡Tu marido estaba contigo! Reynolds y Ford vinieron a avisarle que los chicos de Erikson le buscaban... Pero el aviso llegó un poco tarde y tanto Doug como los otros dos fueron muertos por la gente de Erikson, ¿comprendes?

Norah movió la cabeza afirmativamente.

—¡Entonces intervine yo y terminé con Erikson y su gente!

—Pero mi marido está vestido y yo...

—El acababa de llegar... Precisamente os habíais citado aquí para eludir a la gente de Erikson que os había amenazado...

—Comprendo...

—Ten en cuenta que eres tú quien debe defender la papeleta. Yo no he hecho más que intervenir a última hora...

Mientras hablaba, Mark limpió las huellas que había dejado en la pistola de Kellog, poniendo a continuación el arma en manos de Guzik mientras él tomaba la pistola que había dejado escapar este.

Al cesar la lucha los ocupantes de las habitaciones inmediatas habían comenzado a salir, aunque tomando las debidas precauciones.

Llegó también el conserje del hotel, un policía de servicio en el mismo y dos policías de los que hacían servicio en el distrito.

Hudson les salió al encuentro, diciendo:

—Habrá que llamar a Homicidios. Creo que nadie debe tocar nada...

El detective del hotel, dijo:

—Habrá que ver si se puede auxiliar a alguno de ellos...

—Me huele que están muertos todos. Estas ratas de alcantarilla sabían bien para qué servían las armas. Y en cuanto a mí, he tenido que andarme listo...

Norah se había desplomado en un sillón después de vestir una bata que cubría lo que la bestialidad de Guzik, en su lucha con ella, había dejado al aire.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó uno de los policías...

—Yo no les podré referir gran cosa. Oí gritos femeninos, ruidos de disparos y salí de la habitación. Si me descuido, me fríen... Vengan y verán.

Llevó a los policías hasta el lugar en donde habían caído “El Rana” y otro de los “gangsters” de Erikson.

—¡Tiraron antes de preguntarme cómo me llamaba...!

Siguió haciendo el relato de lo que había sido su primera parte de la acción.

Luego los llevó de nuevo a la habitación de Norah y dijo para que ella le oyese.

—¡Cuando entré aquí la señora luchaba a brazo partido con ese otro fulano! —exclamó señalando para Guzik—. El intentó disparar contra mí, yo le tiré el arma que había agotado y parece que se mató al caer... Los otros estaban muertos —dijo señalando para Reynolds y Ford.

Este barbotó algo, dio la impresión de que se iba a levantar, pero cayó de manera definitiva, muerto.

Un policía llamó a Homicidios.

Otro se dirigió a los ocupantes de las habitaciones inmediatas, diciendo:

—Si alguien ha visto u oído que pueda ayudar a la justicia, debe declararlo...

Un hombre se adelantó a decir:

—En cuanto a ver... ¡Cualquiera asomaba el bigote, con la cantidad de abejorros que zumbaban por el aire! Oír, pues hemos oído justo eso que ha dicho el campeón... Bueno, yo hablo por mí. Si alguien tiene que decir otra cosa...

La gente se miró con expresión que iban de la perplejidad al asombro.

Una cuarentona dijo:

—Yo estoy de acuerdo con eso...

El policía que había llamado a Homicidios hizo apartar a la gente y luego echó un vistazo a los que habían caído.

Silbó admirado y se dirigió a Hudson, diciendo:

—¡Menuda limpieza ha hecho usted, amigo! Creo que le deben premiar... Se trata del "gang" de Erikson, con él y Guzik a la cabeza...

Señaló luego para Reynolds y Ford, diciendo:

—En cuanto a esos, no son mucho mejores, aunque ahora se dedicaban a la política con su patrón, un tal Douglas Kellog...

Mark señaló con el ademán a Norah y dijo en tono bajo:

—Cuidado. Creo que ella es la esposa de Kellog...

Bueno, ahora, la viuda...

—Perdone, yo ignoraba...

Cuando llegaron los de la brigada de Homicidios, la primera en declarar fue Norah.

Ella, primero con miedo y premiosidad, luego de manera casi normal, arregló un relato de los hechos, que debía pasar como bueno.

* * *

Días después, terminado todo, Norah Gibbs y Mark Hudson se reunieron en un hotel de Atlantic City, en el vecino Estado de Nueva Jersey.

Mark, que terminaba de llegar de Nueva York, puso en manos de

Norah los principales periódicos de aquella mañana.

—Ahí tienes. Todo concluido, sin escándalo...

—Hemos mentido, Mark...

—Era una mentira necesaria. La verdad no la hubiese agradecido ni la misma policía. Así todo ha sido más claro, más limpio. Hasta el recuerdo del que había sido “gangster”, tu marido, queda en mejor lugar. Fue víctima del chantaje de Guzik y Erikson. Y como no cedió, lo eliminaron...

—Pero nosotros...

—Hemos quedado lo mismo, querida. No éramos culpables, sino víctimas. Yo te defendí, era lo mío, ¿no?

—Sí... Nadie hubiese hecho lo que tú...

—¿Qué más da que fuese yo quien los limpió a todos o que se hubiesen eliminado entre ellos para terminar yo con los supervivientes?

—Tienes razón...

—Lo único que siento es no poder haber salvado a Karen... Era una aventurera, pero no era mala chica. Y luego, tan joven, con esa ansia de vivir...

—Supongo que no estabas enamorado de ella...

—Imposible. Cuando la conocí, ya me había enamorado de ti...

—Y yo de ti, Mark. Mi instinto me decía que había conocido al hombre que me podría levantar y querer... Pero tenía miedo de no ser digna de ti. Creo que no lo soy.

—¿Vamos a olvidar esas tonterías?

Echó un sobre encima de la mesa.

—Toma. Échale un vistazo primero y destrúyelo después. Es lo malo de tu pasado y algo del pasado de Kellog... Lo demás, ya se irá olvidando...

FIN


BRIDEY
MURPHY

¡MORIR NO ME IMPORTA!

por Alar Benet

Giovanni, sin darse cuenta de que sus enemigos yacían en tierra, avanzaba velozmente entre los setos. A unos metros de la salida, se detuvo. Un automóvil acababa de llegar y de él saltaba su más odiado enemigo, Ronald Braddock, acompañado de Timothy Looy y de Walter Edel.

—¡Malditos!

Retrocedió precipitadamente, sabiéndose acorralado, mientras el comisario le gritaba:

—¡Entrégate, Giovanni! ¡No nos obligues a matarte!

—¡No me cogeréis vivo!

Gronchi corrió hacia el helicóptero con el afán de, parapetándose en él, ofrecer suicida resistencia a los que le acosaban, pero vio cortado el camino por Edward quien, en pie, sin fuerzas para sostener la metralleta, empuñaba un cuchillo.

Disparó por dos veces contra Newman que, muy despacio, avanzaba implacable, encajando los proyectiles en el pecho.

Quiso retroceder, pero Ronald Braddock le cortaba la retirada.

Volvió a apretar el gatillo y una nueva bala se clavó en el cuerpo del que se hallaba a menos de un metro de distancia.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 8 ptas. • Impreso en España - Printed in Spain